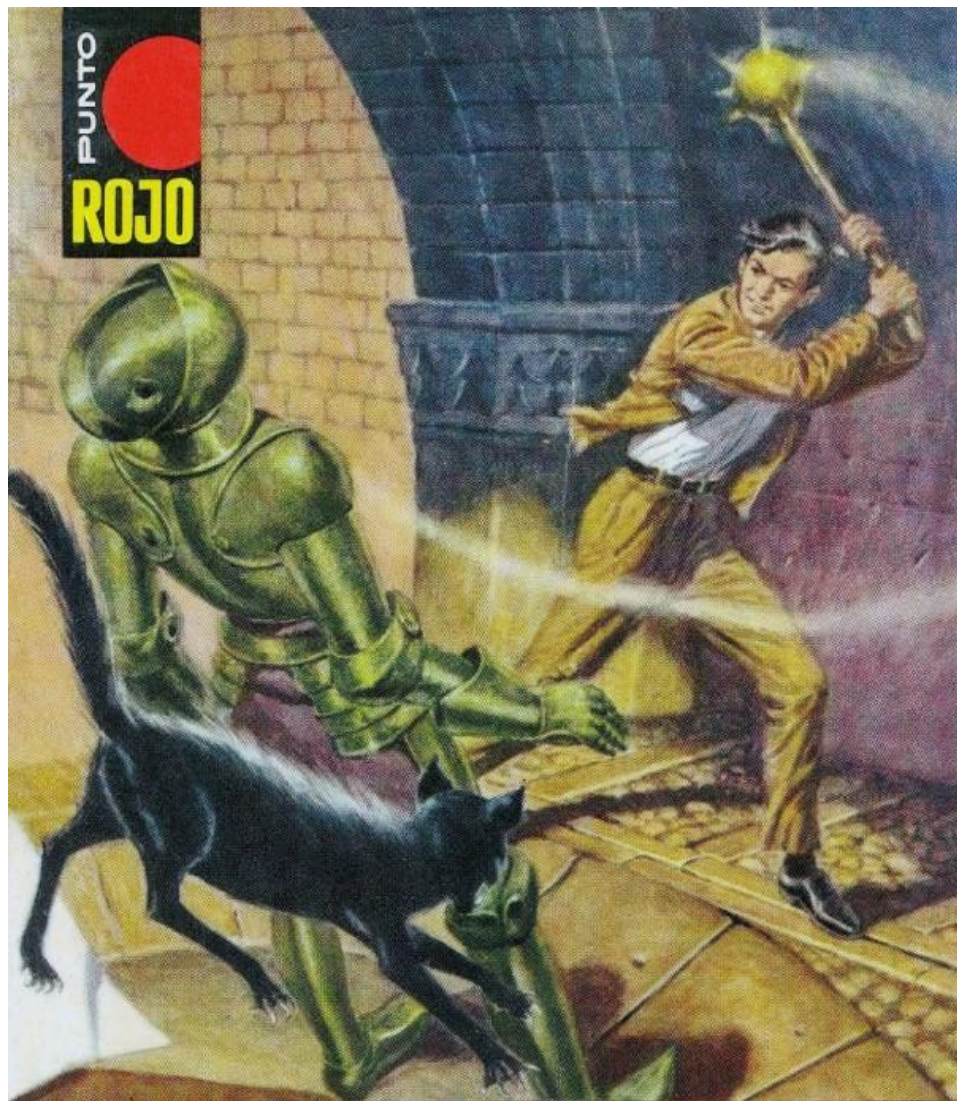


PUNTO

ROJO



AL MARGEN DEL HORROR

mikky roberts



AL MARGEN DEL HORROR

MIKKY ROBERTS

AL MARGEN DEL HORROR

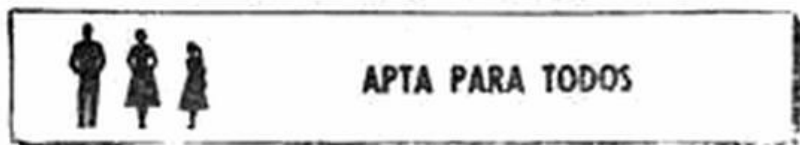
1.^a EDICIÓN
JUNIO – 1962



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BUENOS AIRES - BOGOTÁ

CALIFICACION DE NUESTRO ASESOR MORAL



DEPÓSITO LEGAL B 11527 – 1962

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© MIKKY ROBERTS - 1962

Impreso en los Talleres Gráficos de Editorial Bruguera, S. A Mora la
Nueva, 2 - Barcelona - 1962

N. R. 2314/62

ÚLTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL

En Colección BISONTE:

711. — Legado sangriento.

En Colección SERVICIO SECRETO:

588. — Sangre sobre mí.

En Colección BÚFALO:

395. — Bueno con el revólver.

En Colección CALIFORNIA:

247. — Corazón violento.

En Colección TEXAS:

271. — La ciudad del crimen.

En Colección COLORADO:

129. — Tras las huellas del muerto.

En Colección KANSAS:

174. — Muerte a plazo fijo.

En Colección ASES DEL OESTE:

112. — Tejano y testarudo.

En Colección BRAVO OESTE:

25. — El peor hombre de Kansas.

En Colección PUNTO ROJO:

4. — Noche infernal.

Al margen del HORROR

por
MIKKY ROBERTS



CAPÍTULO PRIMERO

HABÍAN dejado Aboyne muy atrás, y ahora los tres lujosos vehículos de matrícula americana corrían por aquella estrecha carretera del norte de Escocia, escalando bravamente la falda del Morven, en cuya cima se erguía, misteriosa e inquietante, la silueta grisácea de Morven Castle.

—No me gusta esta tierra, Max —susurró Lorene Kelly mirando a su marido, el célebre director de cine—. Me recuerda alguna de tus películas.

Desde el asiento delantero gruñó Frank Taylor, el jefe de producción:

—Luego dirá Max que no le busco los ambientes apropiados. Me gustaría saber si ha visto alguna vez lugar más siniestro que este para rodar “Suspense”, la nueva película en la que estamos todos metidos. ¿No dice usted nada, Joe?

Joe Wilman no respondió de momento, preocupado solo por el trazado del no muy transitable camino, a cuya derecha se abrían hondos precipicios.

—Creo que es mejor que no lo distraigas, Frank —opinó Max Kelly—. Este es un camino endiablado.

Taylor continuó gruñendo:

—Al menos esta vez, Joe no dirá que no tiene tema publicitario para lanzar “Suspense”. Con solo mirar a su alrededor puede obtener cientos de ideas para sus gacetillas. “Jamás pudo hallarse mejor escenario para una película de terror, porque de los muros de Morven Castle rezumaba el MIEDO...”

Por primera vez, Wilman despegó los labios, pero fue para reír burlonamente. Luego dijo, irónico:

—Eso es truculento e inexacto, Frank. Los muros de ningún castillo, ni siquiera los de Morven Castle, pueden rezumar otra cosa que no sea humedad. Le aconsejo que se dedique a sus asuntos. Usted no es más que un jefe de producción. Deje que Max haga la película, que los actores la interpreten y que yo la venda con mi publicidad...

El afilado perfil de Taylor se volvió hacia Wilman y, por un instante, los ojillos malignos le miraron intensamente, con odio casi.

—No voy a consentirle ninguna impertinencia, Joe Wilman, y si no modera su lenguaje, tendré que echarle. El productor me ha dado amplios poderes para contratar o despedir a la gente, y...

Wilman volvió a reír.

—Es patético su afán por hacerse respetar, Frank, pero solo puedo reconocerle una cosa: su competencia en el oficio. Es usted un buen jefe de producción, pero eso no quiere decir que deba mandarnos a todos.

Las facciones de Taylor se pusieron rojas como la grana. Era un hombre extraño, de estatura mediana, cabeza pequeña y nariz ganchuda, muy afilada. De su cabeza habían escapado la mayor parte de sus cabellos, y nadie podía decir con exactitud la edad que tenía. Nervioso e irascible como todo jefe de producción, empezó a chillar como un loco:

—¡Queda usted despedido! ¡Queda despedido! ¡Pare inmediatamente este coche y lárguese, maldito sea! ¿Cómo se atreve a hablarme en ese tono? ¡Sin mí no sería posible la película! ¡Yo soy el que lo organizo todo y el que lleva el peso de la producción! ¡Estúpido mamarracho...! —y fue a precipitarse sobre Joe Wilman, dispuesto a golpearle.

Max Kelly se inclinó hacia adelante y sujetó a Taylor.

—Ya está bien; no sea idiota. El único que da órdenes aquí soy yo. Cierre la boca y no vuelva a decir más tonterías.

El tono reposado y firme del director calmó la tormenta. Taylor se encerró en un hosco silencio y Joe continuó conduciendo el lujoso vehículo. Por el retrovisor comprobó que los otros dos coches les seguían, y luego fijó sus ojos por un momento en Max Kelly.

A sus cuarenta y cinco años, Max estaba en el apogeo de su carrera. Su frente despejada y la nobleza de sus facciones le conferían un aire inteligente, que nadie dejaba de advertir. Contaba en su haber con una veintena de películas, un Oscar y un León de Oro, de San Marcos. Su especialidad eran las películas en las que el hombre se enfrentaba a lo desconocido. Los críticos habían alabado mucho el clima que se desprendía de la oposición del hombre con lo irreal, y hablaban de su mensaje poético, que convertía de nuevo al hombre en héroe de lo creado.

Por eso a Joe le extrañaba su matrimonio con Lorene. Por un momento se preocupó por la inminente curva, y luego miró fugazmente a la hermosa mujer. Sorprendido, encontró los ojos violeta fijos en él, con una expresión que le turbó por un momento. Todos habían visto las películas de Lorene. No era en absoluto una actriz, sino un cuerpo sobre el que se había levantado el tinglado de varias películas destinadas a servir a cierto público cierta clase de pasto. Lo malo era que aquellas exhibiciones las había dado Lorene privadamente a demasiadas personas, que no habían sabido guardar el secreto. Ciertamente que, desde su matrimonio con Max Kelly, había dejado el cine y su vida anterior, pero la incógnita estaba en saber si aquello iba a durar mucho.

De nuevo los ojos femeninos le miraron por el espejo, y en el fondo de ellos le pareció ver a Joe la respuesta a su pregunta mental.

—Creo que estamos llegando —opinó Max, ajeno a todo.

Nadie comentó aquella posibilidad y, por unos instantes, Joe continuó percibiendo el contacto físico de aquella mirada como una caricia cálida. La sensación llegó a hacerse tan penetrante que se sintió molesto.

—¿Nervioso, Joe?

Las palabras de Max le sorprendieron y le inquietaron.

—Oh, no.

Por el retrovisor sonrió al director de la película, que le observaba atentamente. Luego, casi sin advertirlo, buscó el rostro

femenino, ladeándose levemente.

Lorene estaba allí, con los labios entreabiertos y húmedos y los ojos soñolientos.

Apretó un poco más el volante y miró decididamente a la carretera. No era aquel su primer encuentro con una mujer y, sin embargo, estaba asustado. Viviendo en el mundo del cine, en Hollywood o en Europa, se había creído siempre lo suficientemente curtido como para no azorarse ante ninguna muchacha, por hermosa que fuera. Además, había tenido ocasión de tratar íntimamente a numerosas estrellas, por razón de su oficio, y ello le había acostumbrado a no dar importancia a ninguna aventura amorosa. Pero lo de Lorene era distinto. O quizá es que sus nervios anduvieran alterados. Emanaba de ella un atractivo especial que Joe se sorprendió calificando de perverso, como si mentalmente redactara una gacetilla. Sí; Lorene era muy capaz de saltarse todos los prejuicios sociales o de la amistad, con tal de conseguir lo que fríamente se había propuesto.

Al superar la última curva, Joe vio ante sí, de pronto, la masa gris y pesada del castillo, como una prolongación de la roca sobre la que se asentaba.

—Ahí lo tenemos.

A Frank Taylor le gustaba decir lo que era obvio.

La fachada de Morven Castle estaba recubierta de yedra, cuyos mil tentáculos vegetales parecían asfixiar las mismas piedras sobre las que se apoyaba. Hasta las ventanas aparecían casi totalmente recubiertas por aquella masa sofocante que se multiplicaba en todas las direcciones, como si pretendiera devorar el edificio.

Joe Wilman salió del coche y se estiró. Solo entonces se puso de manifiesto su elevada estatura y su fornida constitución. Piernas largas, cintura estrecha y hombros bien marcados bajo la chaqueta deportiva, denunciaban al atleta. Su rostro, curtido por el sol y el aire libre, y la dureza de sus facciones, le daban aspecto de galán de cine, y la verdad era que aquellas mismas estrellas a las que íntimamente había tratado, le hubieran lanzado, a poco que él se hubiera dejado prender en sus redes caprichosas.

Pero había preferido siempre su anónima profesión, a la estúpida vida de los galanes.

Los dos coches que les seguían se detuvieron tras ellos, y

empezaron a salir los restantes miembros del equipo: Eddie Allen, un galán con treinta películas en su haber y millones de corazones rotos, que sabía adoptar siempre la postura más falsa y cinematográfica; Marion Turner, una morena cuyo rostro conocían mil quinientos millones de personas en todo el mundo; Mirna Dayton, una rubia metida siempre en escándalos, que buscaba desde hacía años ser primera estrella; Steve Mathews, un “cameraman” hábil, y fiel compañero de Max Kelly; y, por último, Doris Simpson, la secretaria de Max, una muchacha culta y eficiente, a pesar de que poseía un cuerpo y una belleza que Joe había tratado de rendir durante años, inútilmente.

Kelly se volvió hacia su equipo.

—Este será nuestro hogar y nuestro lugar de trabajo durante algunas semanas, muchachos; de modo que os diré lo de siempre: no penséis en otra cosa más que en la película, y olvidaos de vuestros problemas íntimos. Hemos venido a trabajar.

—¿Cuándo empezaremos? —preguntó Mathews, limpiándose los cristales de los gruesos lentes.

—Mañana, si llega a tiempo mi ayudante con el resto del equipo, el material y las cámaras.

Taylor se pasó la mano por el rostro.

—Dudo mucho que Jim Haddock llegue a tiempo: es demasiado lento.

Max fulminó al jefe de producción:

—No le he pedido su opinión, Taylor, y le ruego que no busque jaleo con mi equipo, ¿lo ha entendido? Es usted exactamente el tipo con el que hay que estar riñendo todo el día. Ya le he dicho antes que cerrase la boca, ahora le voy a pedir que no la abra, si no es para alguna cuestión del trabajo.

Los dos hombres se miraron como animales de presa a punto de abalanzarse uno contra otro. Joe se dio cuenta entonces de que había algo más entre ellos; alguna enemistad vieja que se había vuelto maligna con el tiempo...

Taylor no respondió y volvió la espalda a todo el mundo, para caminar hacia el gran portón del castillo.

Llamó con el pesado aldabón de hierro y aguardó. Luego repitió la llamada y por fin se abrió una puerta pequeña para dejar paso a un criado vestido de negro y con largas patillas, como si hubiera

sido arrancado de un grabado de fin de siglo.

Hablaron algo y a Joe le dio la impresión de que surgían dificultades. Max debió pensar de igual forma, porque en su frente apareció la clásica arruga de sus momentos de cólera, y avanzó hacia la puerta. Wilman le acompañó mientras los demás quedaban en los coches, comentando el panorama.

Taylor decía:

—Tiene que haber un error. Quedó bien claro que vendríamos hoy. Yo recibí una carta de Morven Castle confirmando los extremos de nuestro acuerdo.

—¿Algo va mal, Frank? —preguntó Kelly, deteniéndose junto al jefe de producción.

Joe examinó al criado. Era de facciones largas y pálidas, y carecía de pelo en la parte superior de la cabeza, quizá como reacción a las pobladas patillas.

—No teníamos noticia de su llegada, señor.

Las palabras del criado sorprendieron a Kelly.

—Usted dijo que todo estaba arreglado, Frank.

Este apretó los labios.

—Y lo está; llévenos a presencia del señor Largs —ordenó al criado.

Este se inclinó levemente.

—Ignoro si podrá recibirles. El señor Largs es enemigo de las visitas.

Kelly no pudo contenerse.

—Pues tendrá algo de jaleo durante muchos días. ¿Trajo usted el contrato, Frank?

—Por supuesto.

—Bien, condúzcanos hasta el dueño del castillo. Los contratos es preciso cumplirlos... o abonar los correspondientes daños y perjuicios.

El criado les precedió por una serie de estancias y corredores sombríos. Mientras caminaban por el complicado dédalo de dependencias, Joe se dijo que difícilmente podía haberse hallado un escenario mejor que aquel castillo para la película que iban a rodar, y tuvo que reconocer que Taylor conocía su oficio y que tenía un olfato especial para hallar aquello que necesita un director de cine para sus películas.

—Aguarden un momento, por favor, y avisaré al señor Largs de la presencia de ustedes.

El salón era enorme, y el techo quedaba oculto en las tinieblas que una lámpara no conseguía eliminar. En uno de los paños de pared había dos armaduras completas, a ambos lados de un pesado bargueño. En el centro, sobre una alfombra antigua, una larga mesa de roble, tan vieja como los muros, parecía aguardar una reunión medieval, y en la pared opuesta se alineaban varias panoplias con pesadas armas, picas, alabardas, mazas y sólidas lanzas, que recordaban pasados y terribles combates.

Kelly se frotó las manos.

—En este condenado lugar no se ha encendido jamás la chimenea —y señaló a un rincón donde se abría la enorme boca de una chimenea, huérfana de troncos.

La puerta se abrió, y un caballero alto y delgado entró en el sombrío salón. Los tres hombres de cine le miraron curiosamente, tratando de encontrar el secreto de su vida más allá de la expresión de su pálido rostro o de sus oscuros ojos. Tenía todo el aspecto de un aristócrata cuya sangre ha ido perdiendo fuerza a lo largo de los siglos y de las generaciones.

—Perdónenme, señores, que ignore el asunto que les trae hasta aquí —dijo al entrar, a modo de saludo—, pero hace una semana que regresé de un viaje y en el intervalo mi secretario encontró un empleo mejor. Quizá él se olvidó de informarme...

Kelly estrechó en primer lugar la mano de Keith Largs. Luego lo hizo Taylor y por fin Joe, que la encontró fría y flácida, como sin vida.

—Venimos a rodar una película. Hemos hecho desde Hollywood expresamente este viaje y, naturalmente, poseemos un contrato por el cual se nos alquila el castillo, excepto sus habitaciones privadas, para rodar nuestra película. Usted recibió un cheque como anticipo, y al terminar nuestro trabajo le abonaremos el resto del alquiler. Los demás del equipo, los operarios, el material, decorados y vestuarios, así como los otros intérpretes, están a punto de llegar. ¿Es posible que lo ignore todo?

Largs permaneció inmóvil un instante, como estupefacto. Luego se sentó junto a los visitantes.

—Temo que empiezo a comprender la súbita marcha de mi

secretario.

—¿Quiere decir...?

—¿De qué cantidad era el cheque que enviaron?

—Diez mil dólares —Kelly miró a Taylor—. ¿Qué día se le envió el cheque al señor Largs?

El jefe de producción consultó una libreta y dijo:

—El quince de este mes.

—Es decir, hace diez días.

Largs se pasó una mano por la barbilla.

—Cuando regresé de mi viaje, mi secretario ya se había marchado. Se despidió simplemente por carta. Encontré su misiva encima de la mesa de mi despacho... y llevaba fecha del dieciocho.

—¿Y el cheque?

Negó el propietario del castillo.

—Ni rastro.

—Pero eso quiere decir... —apuntó Kelly, confuso.

—Nunca lo hubiera creído. Malcolm era un buen secretario, eficiente y... pensé que también honrado.

—¿No le extrañó su marcha?

—Mucho. Incluso me molestó: yo me creía con derecho a una explicación, por lo menos, y a un plazo para encontrar un sustituto.

—¿Qué razones le daba?

—Ninguna convincente; un familiar se le había puesto enfermo y reclamaba su presencia.

—No era motivo para despedirse; con un simple permiso...

—Eso pensé yo. Revisé las cuentas y lo encontré todo en orden; es más: telefoneé al banco, sospechando que hubiera podido utilizar indebidamente los poderes que le di, pero no había sacado dinero.

Taylor apretó los labios.

—Pero se sirvió de esos poderes para cobrar el cheque a nombre de usted. ¡Diez mil dólares!

Kelly centró la cuestión:

—A usted le solucionará su problema la policía, señor Largs, pero nosotros hemos venido para rodar una película...

El propietario del castillo se incorporó, nerviosamente.

—¿No podrían encontrar otro lugar para su trabajo?

—¡Qué dice usted...! —exclamó Kelly, escandalizado—. Una vez que se ha puesto en marcha la maquinaria de una película, no es

posible detenerla.

—Es que... —Largs observaba uno a uno todos los rostros, cuidadosamente—, yo no hubiera autorizado nunca...

Kelly resumió contundentemente:

—Poseemos un contrato. Elija usted: o utilizamos su castillo o... hacemos valer los derechos de indemnización otorgados en el contrato. Taylor, busque ese documento y muéstréselo al señor Largs.

El jefe de producción parecía estar abstraído en meditaciones ajenas a lo que se discutía.

—Oh, sí, por supuesto. Veré dónde lo he puesto...

La puerta se abrió en aquel instante y el mismo criado que les había atendido antes, se detuvo en el quicio.

—Perdón. ¿Alguno de ustedes es el señor Kelly?

Max avanzó la barbilla, agresivamente.

—Sí; ¿qué ocurre?

—Alguien desea hablar con usted por teléfono; es una llamada de larga distancia.

Kelly consultó a Wilman:

—¿Quién puede ser?

—Haddock, quizá. O el patrón, desde Hollywood.

—Si es así, más vale que vengas conmigo: quizá se le haya ocurrido alguna idea, y así tomarás nota de lo que sea.

El criado les condujo a una sala más pequeña, situada junto a una gran biblioteca, y les mostró un anticuado modelo de teléfono sobre una mesita Tudor. Kelly preguntó en la boquilla:

—¿Quien llama?

—Haddock. Hay dificultades, Max.

—¿También tú?

—Estamos detenidos en Edimburgo. Primero, el paso por aduana ha sido laborioso, y segundo, la compañía que nos proporcionaba los camiones ha tenido retrasos de última hora, y no podrá ponerlos a nuestro servicio antes de cuarenta y ocho horas.

—¡Dos días! ¿Estás loco?

—Sé que es una atrocidad, Max, pero no soy responsable en absoluto. No es mía la culpa si no tengo los camiones.

—¡Busca otros! —chilló el director.

—Esa idea ya se me ocurrió, pero no encontré ninguno del

tonelaje que precisamos. No hay otra solución que aguardar.

—Arréglatelas como sea, pero trae aquí el equipo en el menor tiempo posible.

Colgó. Nunca había visto Joe tan furioso a Kelly... Este resopló todavía y luego gruñó:

—¡Condenados imprevistos!

Del salón salieron Taylor y el dueño del castillo hablando animadamente. Al verlos, se interrumpieron y el jefe de producción anunció a Kelly:

—Todo arreglado, Max. Puede usted empezar a trabajar cuando quiera.

—No cuando quiera, sino cuando llegue el equipo. Haddock ha encontrado dificultades en Edimburgo.

Largs se inclinó levemente.

—Con su permiso, voy a dar las órdenes precisas para que todos ustedes queden convenientemente alojados...

Joe Wilman advirtió un tinte rojizo en las mejillas de Keith Largs y un brillo inquietante en la mirada de Frank Taylor. Claro que podían ser figuraciones suyas y, en todo caso, no había manera de relacionar ambos detalles.

CAPÍTULO II

DESPUÉS de almorzar, se habían retirado todos a sus habitaciones para deshacer los equipajes e instalarse definitivamente. Joe Wilman estuvo escribiendo además una crónica para una cadena de periódicos norteamericanos en la que hablaba de la inminente realización de “Suspense”. Le había salido una inquietante descripción del castillo, y estaba seguro de que serviría para crear un clima de expectación en torno al “film” de Max Kelly.

Ciertamente, Morven Castle tenía algo siniestro. Era demasiado sombrío para su gusto, y no podía evitar la sensación de ser espiado, como si hubiera retrocedido varios siglos y viviera en la sangrienta época medieval, cuando las traiciones y los asesinatos estaban a la orden del día. Revisando su dormitorio, tan grande él solo como un apartamento completo en la mejor zona residencial de Hollywood, pensó que detrás de aquellos recios muros había pasadizos secretos que el constructor del castillo debió utilizar para mantener vigilados a sus huéspedes... y eliminarlos, en caso preciso. Aquella posibilidad le hizo estremecer. No era accesible al miedo, pero había ambientes que le repugnaban, y aquel era uno de ellos. La idea de que debería vivir allí al menos durante cinco semanas no le puso de buen humor.

Terminó de escribir la crónica y decidió consultar a Kelly si podía anunciar que la película finalizaría en el tiempo previsto de aquellas cinco semanas.

Cerró cuidadosamente la puerta de su habitación, aunque estaba seguro de que era inútil su gesto, y caminó por el lóbrego pasillo alfombrado, hasta el recodo en donde se ensanchaba en una especie de plaza, quizá una antigua sala de armas, cuya bóveda estaba sustentada por cuatro sólidas columnas. La puerta de la habitación

de Kelly estaba abierta, y Joe se detuvo junto a una columna al contemplar la escena.

—...Tú verás lo que te conviene, Lorene; pero no estoy dispuesto a esperar más —decía Frank Taylor en aquel momento, mientras zarandeaba a la mujer del director de cine con rudeza que pregona anteriores familiaridades.

El esbelto cuerpo femenino se retorció, tratando de soltar aquellas manos que se clavaban en la turgencia de sus hombros.

—¡Suéltame, me haces daño!

Wilman, silencioso, prefirió no ser testigo de aquel incómodo asunto, y se deslizó tras la columna, quedando totalmente oculto. No obstante, las voces le llegaban claramente:

—Recuérdalo: no seguirás dándome largas.

Luego Taylor se marchó por el lado opuesto, dejando a una Lorene rabiosa y con los cabellos rojizos caídos sobre la frente.

Joe aguardó unos instantes para dar tiempo a que ella se recuperara, y salió de su escondite,

Pero Lorene ya no estaba allí. Echó una ojeada a la abierta habitación, sin encontrarla a ella ni a su marido. Extrañado, continuó pasillo adelante, buscando el lugar donde la joven pudiera haberse metido. No había oído sus pasos porque la larga y estrecha alfombra ahogaba todo ruido, pero sospechaba que no podía estar muy lejos.

La encontró, efectivamente, al volver otro recodo. Lorene había llamado a la puerta de una habitación y en aquel instante esta se abrió para dar paso a Eddie Allen, el galán de la película.

—¡Lorene! No esperaba que te atrevieras a venir...

La hermosa mujer se echó en los brazos masculinos.

—Tienes que ayudarme, cariño. Ahora mismo. Ese perro...

Abrazándola, Eddie cerró la puerta, haciéndola entrar en su habitación. Wilman se pasó la mano por la barbilla y torció el gesto. Decididamente, Lorene no había superado su antigua fragilidad.

Volvió sobre sus pasos y, al pasar por delante de la abierta habitación de los Kelly, decidió entrar y aguardarles allí. Quizá Max había dejado a la vista su plan de trabajo, y podría guiarse por él para encontrar el dato que precisaba.

Efectivamente, había una mesa cubierta de libros y carpetas. Encontró varias copias del guion y también el plan de producción.

Lo estuvo mirando. Según el cálculo realizado, la permanencia en Morven Castle duraría cinco semanas, pero nadie había contado con el retraso anunciado por Jim Haddock desde Edimburgo.

—¿Qué hace aquí? ¡Oh, es usted...!

Lorene le miraba desde la puerta. Joe la observó atentamente. Era un perfecto ejemplar de mujer, y vestía como si estuviera siempre a punto de trabajar en una película. Pese a la baja temperatura del castillo, lucía un vestido muy escotado y que se ceñía demasiado a las caderas. Un mechón de cabellos rojizos caía sobre su ojo derecho, dándole aún más un aspecto provocativo. No era fácil que Lorene engañara a nadie sobre sus instintos.

—Vine para ver a Max.

—Oh, está con Mathews, buscando ángulos para los diferentes planos.

Joe giró sobre sus tacones y se dirigió a la salida, esperando que ella se apartara para dejarle pasar. Pero Lorene permaneció obturando la puerta.

—¿Tanta prisa tiene?

—Sí.

—¿No puede perder unos minutos conmigo? —estaba a unos pocos centímetros, y Joe notaba el perfume femenino y el agitado aleteo del prenunciado busto.

—Lo siento.

—¿Por qué huye de mí?

—Quizá porque Max es mi amigo.

Comprendió lo imprudente de su expresión, pero no lo lamentó. Le dolía el comportamiento femenino. Lorene, sin embargo, no pareció turbarse.

—Es extraño encontrar a alguien que diga esas cosas.

—Me hago cargo —sonrió heladamente.

Ella se empinó de pronto y le besó en la boca. Fue una caricia violenta, agresiva, que despojó a Lorene de sus últimos frenos sociales. Joe retrocedió, a pesar de que ella era demasiado hermosa y de que suponía un heroísmo rechazarla.

—Yo no soy como Eddie Allen... o como Taylor —dijo lento, muy lento, deseando herir para encontrarse a salvo.

La reacción femenina fue inmediata y violenta. Los labios entreabiertos se apretaron hasta formar una dura línea, las manos

extendidas en caricia arañaron el aire, y los ojos violeta adquirieron un tinte rojizo, demoníaco.

—¡Me ha estado espiando...!

Joe negó suavemente:

—Fue usted demasiado imprudente: hay ciertas cosas que no deben hacerse en mitad de un pasillo. Pero no tema: no diré a Max una palabra. Todavía soy un caballero.

Salió velozmente de allí con un suspiro de alivio que no alivió su desagrado y volvió hacia su habitación.

Casi tropezó con Doris Simpson en el recodo.

—¿Te persigue algún fantasma, Joe? —preguntó la secretaria de Kelly, mirándole atentamente.

—¿No me viste llegar? —preguntó a su vez Wilman, todavía irritado.

La muchacha alzó la barbilla.

—Si me preguntas si te estaba espiando, te diré que no, y que voy buscando a Max, pero si quieres un consejo, límpiame el carmín de los labios. A él no le gustaría saber cómo te has manchado.

Wilman vaciló, confuso. Con el pañuelo se limpió la delatora señal, maldiciendo mentalmente a Lorene. Doris ya se iba, pero la sujetó del codo.

Ella se limitó a mirarle desdeñosamente.

—¿No tienes bastante con Lorene?

Joe la soltó, humillado.

—Escucha, puedo explicarte...

—No es preciso.

La vio alejarse con paso vivo, dentro de la estrecha falda de *tweed* que le mareaba las caderas. Un amplio jersey rojo le daba un gozoso aspecto deportivo, limpio y noble, muy distinto del que caracterizaba a Lorene.

Volvió a su habitación y se cambió de ropa, poniéndose un jersey recio y una chaqueta de ante, a fin de combatir la humedad. Luego salió de nuevo, en busca de Kelly. Estaba visto que todos iban tras él, y que no debía ser fácil hallarle en el laberinto de habitaciones y corredores de Morven Castle,

Volvió de nuevo a cruzar ante la habitación de los Kelly y subió por unas escaleras empinadas que no sabía a dónde conducían. Mientras oía el crujido de sus zapatos contra la piedra de los

escalones, pensaba que estaba viviendo la misma película que iban a comenzar en breve. Solo faltaba la aparición de vampiros o la de algún cadáver dentro de una cualquiera de las armaduras que descubriría a su paso.

Llegó arriba y se encontró en otra sala de armas, sin duda en lo alto de un torreón. En cada uno de los cuatro ángulos había sendas armaduras completas que parecían montar guardia en el recinto, y en uno de los muros se alineaban diferentes armas en los correspondientes armeros. Unos ventanucos estrechos, simples aspilleras, permitían el paso de la débil luz del atardecer. Joe se aproximó a uno de ellos y miró hacia fuera, a la desolada extensión de la montaña sobre la que se erguía Morven Castle, como centinela contra las invasiones de los vikingos. Era un panorama vacío de vida, sin huellas de que los siglos hubieran pasado.

El frío del atardecer le hizo estremecerse, y entonces oyó un ruido a sus espaldas, como un crujido metálico.

Se volvió vivamente.

Si sus nervios hubieran estado menos templados, habría gritado sin duda.

Porque desde el rincón más oscuro de la sala, dos ojos fosforescentes le miraban por entre la abierta celada del casco de la armadura.

El crujido se repitió y adquirió proporciones escalofrantes dentro del torreón. Joe miró en torno, a los otros cuatro ángulos. No creía en fantasmas ni en apariciones, pero aquellos ojos observándole malignamente carecían de amistad y, en todo caso, no era lógico que una armadura antiquísima tuviera inquilino.

Se movió y por un momento los ojos centellearon levemente, como si el ser que le observaba desde allí hubiera mirado a su alrededor a fin de hacerse una idea de la situación de la sala, en previsión de una pelea.

Wilman se humedeció los labios y se deslizó suavemente hacia el armero. Los ojos le siguieron y el hierro del peto volvió a crujir.

La mano del joven se cerró en torno al mango de una maza erizada de púas, y la levantó. Era tan pesada que por un momento temió haberse quedado sin fuerzas, pero al fin, enarbolándola, avanzó hacia la armadura, dispuesto a sacar a golpes a aquel espectro, si fuera preciso.

—Bien, amigo, sal de ahí; vamos a vernos las caras.

Avanzó, decidido, y cuando se encontraba a solo un paso oyó un resoplido siniestro, como un jadeo infernal que erizaba los cabellos y, de pronto, intuyó que algo saltaba hacia él.

Se ladeó instintivamente y golpeó con la maza.

El impacto contra la armadura sonó lúgubrememente. El almacén de hierro se abalanzó sobre él y Joe luchó por librarse del abrazo. Hombre y armadura cayeron por el suelo, pero Wilman sin dejar de golpear con brazos y piernas, a pesar de que el frío hierro era demasiado duro para sus puños.

Con una imprecación, saltó, librándose de la armadura, y aferró ciegamente la pesada maza.

Golpeó con ella, una, dos, tres veces el casco y el pecho de la armadura, con gran violencia, desatada su furia por el impacto nervioso que había sufrido.

La imponente mole de hierro se fue doblando y deshaciendo, sin que pareciera oponer resistencia, alguna. El casco saltó de su soporte y no apareció, como temiera en un principio, nadie dentro. Wilman se mordió el labio inferior y dejó de golpear, Quietó, Joe, estás perdiendo los nervios”. Respiró hondo. El sudor resbalaba por su frente, un sudor frío en el que nada tenía que ver la temperatura ni el ejercicio físico.

A sus pies solo tenía un montón de chatarra. Sin embargo, había visto unos ojos que le miraban intensamente y algo que había saltado a su encuentro, algo que hizo moverse a la armadura y la arrojó sobre él ¿Lo habría imaginado? No, no era probable. Nunca había visitado a un siquiatra, nunca había sentido la necesidad de librarse de obsesiones o temores. Era un hombre mentalmente sano. Y sin embargo...

Miró en torno con una creciente sensación de haber hecho el ridículo y de haber sido víctima de una broma nada agradable.

Una sombra se deslizó por el rincón más próximo a la puerta y salió, muy erguida la cola, desafiante casi. Joe Wilman volvió a maldecir.

Solamente había sido un gato. Su maullido, antes de desaparecer, sonó en sus oídos como la carcajada burlona de un ser mucho más inteligente que él.

CAPÍTULO III

NADIE había oído su pelea con la armadura, y ahora tenía que informar de ella a Keith Largs, el dueño de Morven Castle, y tratar de justificarse, además de abonar el importe de lo que había destrozado.

Encontró a Largs en su despacho, una pieza impresionante donde se acumulaban los objetos más extraordinarios y sorprendentes. No solamente se prolongaba en la habitación el ambiente medieval del castillo, sino que además se creía uno trasladado al laboratorio de un taxidermista. Toda clase de animales disecados se hallaban a la vista, sobre mesas o colgados de las paredes y aún del mismo techo. Aquella visión apenas entrevista por la escasa luz reinante no contribuyó a mejorar el estado de ánimo del muchacho.

Desde el fondo de la larga pieza, tras una gran mesa, parecía flotar el pálido rostro de Keith Largs, iluminado por una extraña luz que semejava irreal.

—Pase, señor Wilman. La verdad es que estaba esperándole. ¿Se encuentra mejor después de su encuentro con la *Cosa*?

Joe cerró tras sí y avanzó lentamente hacia la mesa.

—¿Cómo sabe...?

Las facciones de Largs se distendieron en lo que pretendió ser una sonrisa.

—No es fácil responder a cierta clase de preguntas, señor Wilman, y mucho menos a usted, un hombre realista y descreído. Sería vano hacerle comprender ciertas cosas.

—¿Por qué no lo intenta?

Negó Keith Largs.

—No. Llevo años tratando de saber... y todavía no he llegado al final. Si usted permanece mucho tiempo aquí, es posible que las

tinieblas se despejen ante sus ojos y... pueda ver algo.

Wilman apretó los labios.

—¿Es usted espiritista, quizá, señor Largs?

—No; eso es juego de niños comparado con lo que empiezo a saber. Escocia es una tierra privilegiada para eso, señor Wilman. Por esta tierra no han pasado los siglos. El ruido de la civilización todavía no ha turbado estos lugares sagrados... y hasta ahora Morven Castle ha permanecido como una isla, como un refugio para quienes no desean abandonar estos lugares.

—¿Tiene otros huéspedes?

—Ciertamente... pero ustedes no pueden verlos.

Joe arrugó la frente. Largs no se burlaba de él, hablaba completamente en serio, convencido de la exactitud de sus palabras. Y una cosa era cierta: tenía ya conocimiento de su pelea con un gato y una armadura.

Su expresión debió ser demasiado clara para el propietario del castillo, porque se apresuró a añadir:

—No, no estoy loco, señor Wilman, ni me estoy burlando. Ustedes, los americanos, no creen más que en aquello que pueden ver y tocar. Apenas conciben otra atracción espiritual que la del amor... A propósito, es muy hermosa la señora Kelly, ¿verdad?

Wilman apretó los puños para contenerse, y supo aparentar indiferencia, pero mirando los ojos de Largs comprendió que era inútil su fingimiento, porque su anfitrión estaba al tanto de lo ocurrido.

—Un consejo, señor Wilman —continuó Keith Largs—. No vuelva a luchar con la *Cosa*, ¿me comprende? Es por su bien: sin duda le ha respetado porque usted lo desconoce todo, pero la próxima vez no podrá manejar una maza ni, aunque lo hiciese, le serviría de nada.

Joe estalló, molesto:

—¿Qué tonterías me está contando? ¿Cree que soy un niño susceptible de asustar con historias de duendes? Sea usted más lógico, señor Largs. La *Cosa*, como usted la llama, no era sino un gato.

Como si hubiera sido una invocación, el lustroso gato negro que le jugara tan mala pasada en el torreón saltó, desde un lugar desconocido, a las rodillas de Keith Largs. La súbita aparición y el

maligno brillo de aquellos ojos fosforescentes impresionó a Wilman, y a su pesar, dio un paso atrás.

La afilada mano del dueño del castillo acarició el lomo reluciente del animal.

—Le voy a ilustrar, señor Wilman, y no me importará que estalle en carcajadas. Estoy habituado a ellas; pero a poco inteligente que sea usted, comprenderá muy pronto que no tiene motivos para reír —la voz del dueño del castillo era lenta y suave, monótona y acariciante. Bajo la luz espectral que iluminaba su rostro, los ojos crecían y crecían hasta dimensiones inconcebibles, atrayéndole mágicamente. Por un momento, Joe creyó asomarse a un inmenso precipicio, y el vértigo se apoderó de él—. Hay en el castillo un ser que lo habita durante siglos. Es... la *Cosa*. Ni hombre ni animal. Quizá un espíritu. Él... es en realidad el dueño de Morven Castle, y nosotros, los hombres, sus prisioneros mientras vivimos aquí. Unas veces es como un soplo helado que hace temblar al más valiente, y otras toma posesión de algún ser material, cuya voluntad anula, y del que se sirve para sus fines. Usted ha creído luchar contra un gato en el torreón, señor Wilman, pero no era en realidad mi querido “Gog”, quien actuaba, sino la *Cosa* que había tomado posesión de él...

Las palabras de Keith Largs habían abierto un abismo a sus pies y el susurro de su voz era tan acariciante que Joe se sentía lleno de un gozo delicioso que no deseaba romper. En aquellos instantes, los magnéticos ojos de Largs eran lo más importante de este mundo: unos ojos penetrantes e irresistibles, brillantes y prometedores, dulces y dominadores. Más allá de la retina que a veces crecía y crecía extrañamente, Joe estaba seguro de que se extendía un mundo embriagador en el que deseaba penetrar, un mundo envuelto en vaporosas brumas donde los sonidos cobrarían timbres inolvidables y donde la ingravidez del cuerpo no sería sino un placer más, una consecuencia del estado contemplativo de su alma.

Pero de pronto, Joe tuvo un último segundo de rebeldía, un brevísimo instante de conciencia, y retrocedió furiosamente mientras gritaba:

—¡No...!

El mismo sonido de su voz le arrancó del estado prehipnótico, y comprendió rápidamente lo que le sucedía.

—Es usted un embaucador, Largs, y ha intentado hipnotizarme.

Avanzó furioso y dio un manotazo a la lámpara, apartando el cono de luz de los ojos del propietario del castillo. En el acto, los ojos dejaron de fulgir, y de nuevo, Joe se vio en el abigarrado despacho de Keith Largs, rodeado de animales disecados y en una atmósfera extrañamente cargada y sofocante.

—No sé qué es lo que pretende, Keith Largs —continuó el muchacho, hablando atropelladamente para recobrar el dominio de sí mismo, y no dar ocasión a que su interlocutor volviera a apoderarse de su voluntad—, pero le voy a advertir una cosa: no seremos juguetes en sus manos. ¿Lo ha oído?

Largs no respondió. Se limitó a mirarle fijamente mientras Joe salía del despacho, temblando todavía por el terror que le había producido el convencimiento de que había estado a punto de ser dominado por la enigmática personalidad de Keith Largs.

CAPÍTULO IV

MAX KELLY terminó de llenar su pipa y luego la encendió calmosamente. Unas bocanadas de humo brotaron de sus labios, y por un instante su rostro quedó oculto por la impalpable barrera azulada.

—Quizá necesitas descanso, Joe —dijo suavemente, manteniendo entre sus dientes la boquilla de la pipa—. Últimamente has trabajado demasiado.

Wilman apretó los puños.

—¿Crees que he visto visiones?

—Bueno, son cosas que suceden a veces —sonrió, encogiéndose de hombros—. El excesivo trabajo fatiga el sistema nervioso... y tú sabes a dónde puede conducir eso. Realmente, no es preciso que continúes aquí, en Morven Castle. Vete a Edimburgo, instálate en el mejor hotel, y llámame una vez por semana. Afortunadamente tenemos teléfono aquí, y podré darte las novedades para que escribas alguna crónica. El resto del tiempo, dedícalo a descansar.

La incredulidad del director de cine le encolerizó.

—Sé muy bien lo que digo, Max. Ese tipo. Keith Largs, no me gusta en absoluto. Estuvo a punto de hipnotizarme, y me contó no sé qué estupideces de la... Cosa.

—Olvidalo, Joe.

—¡No quiero olvidarlo!

Kelly volvió a lanzar humo.

—Como quieras. Te he dado un consejo, y ahora voy a hacerte un ruego: tengo suficientes problemas con la película para que tú, ahora, me busques otros. No me hagas más confidencias, ¿eh, Joe?

Wilman vio cómo su amigo se alejaba en busca de Steve Mathews, que en aquel momento salía de su habitación con una máquina fotográfica y un equipo de “flash”, con ánimo de hacer

unas fotos fijas para elaborar posteriormente, sobre ellas, los distintos planos de la película.

Cuando desaparecieron por el recodo, Joe encendió un cigarrillo y se dirigió a su habitación. En la puerta, llamando con los nudillos, encontró a Eddie Allen, el galán de “Suspense”. Iba a llamar de nuevo cuando advirtió su presencia.

—Precisamente quería hablarle, Joe.

Wilman le franqueó la entrada y el actor entró, seguido del joven jefe de publicidad.

Una vez cerrada la puerta, Eddie le miró con aspecto duro, con aquel gesto que le había conquistado el aplauso de los públicos.

—Deje en paz a Lorene, ¿quiere?

El muchacho se acarició la barbilla.

—¿Es ella quien le ha enviado?

—No, pero me lo ha contado. No tiene por qué meterse en nuestros asuntos.

Joe estudió críticamente a Eddie Allen. No era mal muchacho, pero el éxito se le había subido a la cabeza. Pensaba siempre que era el héroe allá donde se encontrase, como si no consiguiera disociar la ficción de la vida real.

—Puesto que estamos de consejos, le daré uno, Eddie: Lorene está casada y tiene su marido vivo y... cerca. Si no quiere buscarse disgustos, olvídense de ella, y cuando acuda a su lado, recuérdela sus deberes. Esta no es una historia de cine, Eddie, sino la dura y sucia vida real. Si Kelly se entera, Lorene y usted lo pasarán mal. ¿He sido suficientemente claro?

Wilman también había avanzado la barbilla, agresivamente, y sus puños se habían apretado. Por muy obtuso que Eddie fuera, tenía que notar que no estaba de humor para soportar la imposición de nadie, y el actor de cine por una vez en su vida fue inteligente.

—No le vaya con cuentos a Kelly, es lo que le pido.

—No lo haré porque usted me lo pida, sino porque me asquean estas historias. Y ahora, lárguese. Ya me ha apestado bastante la habitación.

Pálidas las mejillas, Eddie Allen se marchó, dando un fuerte portazo. Joe arrojó el cigarrillo y lo pisoteó, furioso. Aquel condenado castillo amenazaba dar al traste con sus nervios.

Fue a la mesa y se sirvió un trago de whisky, que volcó en su

estómago de golpe, y justo entonces llamaron a la puerta.

Abrió. Su habitación parecía la Estación Central con circulación intensiva de viajeros.

Doris Simpson estaba en el quicio. Sus ojos no brillaban sonrientes, sin duda porque recordaba todavía que el carmín de Lorene había manchado los labios del joven.

—Taylor quiere ver tu crónica antes de que la transmitas. Supo que pasaría yo por aquí, y me dio el encargo.

Fue a marcharse, pero Joe la sujetó del brazo. Bajo la gruesa lana del jersey, la carne era dura, y Wilman pensó que también sería cálida y amable a la caricia.

—¿Por qué huyes de mí?

—Déjame: tengo prisa.

Trató de soltarse, pero Joe la sujetó por el otro brazo. Por un momento, sus ojos se encontraron y el muchacho vio la cólera ardiendo en el fondo de las verdes pupilas.

—Siempre he creído que de todo el equipo tú y yo éramos los mejores amigos.

—Dices bien: éramos.

—Te estás portando como una chiquilla celosa.

—Estás en un error —se soltó y apretó los rojos y gordezuelos labios—. No estoy celosa, sino... asqueada.

—Supongo que no me creerás si te digo que soy inocente.

—¿Por qué te esfuerzas en mentir?

Se volvió, dejándole con la palabra en la boca. Doris era muchacha temperamental y equilibrada, con un estricto sentido del deber, que nada podía hacerle olvidar. Una muchacha difícil en un ambiente tan convencional como el del cine. Joe no estaba seguro de sus propios sentimientos respecto a ella: unas veces la adoraba y otras notaba la necesidad de abofetearla. Y esta era una de ellas.

No encontró a Frank Taylor en su habitación, y se puso a buscarlo por todo el castillo. En su peregrinaje por las estancias todavía desconocidas para él, oyó voces en lo alto del torreón y subió silenciosamente.

No había razón para tantas precauciones. En el mismo torreón en el que había sostenido su pelea con la armadura y “Gog”, el siniestro gato de Keith Largs, se hallaban Max Kelly y Steve Mathews disparando unas fotos para localizar escenarios.

El primero le vio en uno de sus movimientos y le invitó a acercarse.

—Adelante, Joe, no estorbas. ¿Es aquí donde has sostenido esa terrible lucha? —había burla en su voz. Mathews le miró a través de los gruesos cristales sus gafas, con la expresión de un búho deslumbrado.

—Sí: en aquel rincón. Todavía está la armadura destrozada, y me alegro de poder enseñártela... —se volvió, tendido el brazo hacia el rincón más oscuro, pero su voz se extinguió y el brazo pendió a lo largo de su cuerpo.

Allí había, sí, una armadura, como en los restantes ángulos del torreón, pero estaba nueva y sin señal alguna de haber sufrido jamás un feroz ataque de maza.

La risita de Kelly le sacó de su asombro.

—Recuerda lo que te dije antes, Joe. Puedes llevarte uno de los coches, no lo necesitaremos. Vamos, Steve, creo que hemos terminado aquí, y si nos damos prisa podremos fotografiar el patio de armas y caballerizas antes de cenar.

Se alejaron hablando del trabajo, y Joe quedó todavía inmóvil, mirando al rincón donde la armadura intacta parecía mirarle burlescamente.

Con un escalofrío, abandonó rápidamente el torreón.

* * *

Cenando, Joe se dio cuenta de que los componentes del equipo se miraban torvamente entre sí. Lorene trataba de rehuir la dura mirada de Frank Taylor, quien no parecía haber sido satisfecho en sus pretensiones; Eddie Allen, por su parte, vigilaba a Taylor, y también a Joe Wilman; Steve, el de la cámara, tenía la frente fruncida, y tras los cristales de sus gafas, los ojillos miopes observaban a cada uno de los presentes. Doris parecía ocuparse tan solo de su cena, pero en realidad, se sentía incómoda y tensa, mientras que Max Kelly trataba inútilmente de llevar una conversación que solo Marion Turner, la estrella morena y Mirna Dayton, la segunda figura de la película, se esforzaban por entonar.

No; no era aquella una reunión grata. El castillo pesaba demasiado, o quizá las pasiones que cada uno alimentaba. Wilman, mientras cortaba su bistec, pensaba que la atmósfera de aquel

siniestro edificio podía dar lugar a una brusca manifestación de maldad, en alguno de los presentes, y, ausentándose de la conversación, imaginó quién sería el culpable ideal, en caso de algún sangriento acontecimiento.

Taylor, el jefe de producción, le sorprendió de pronto con una frase que parecía haber leído en su cerebro.

—¿No les parece que Morven Castle incita al crimen?

La conversación superficial entre Kelly y las dos actrices se extinguió. El equipo en pleno miró a su jefe de producción, que parecía muy divertido con la expectación creada. La más afectada, quizá, era Lorene, cuyas mejillas palidieron sensiblemente.

—¿Pretende estropearnos la cena, Frank? —preguntó el director, algo molesto.

—No creo que nadie tenga el estómago tan sensible —rio Taylor. Sus ojillos eran malignos en aquel instante, y Joe tuvo la clara sensación de que Taylor hablaba solo para Lorene—. Es curioso lo que sucede con los paisajes y los ambientes. Si uno se encuentra en un jardín, piensa en la belleza de las flores, y eso le reposa el alma; si el escenario es un cementerio, reflexiona sobre la fugacidad de la vida terrena y la futilidad de las ambiciones materiales; si, por el contrario, se contempla el mar, nace en nuestro interior el aventurero ansioso por descubrir nuevas tierras. Este castillo, con su densa historia de crímenes y delitos, nos sitúa sobre el precipicio del mal... y todos sabemos que no siempre es posible dominar el vértigo.

Las palabras de Frank Taylor, dichas con aquella entonación que pareció siniestra por la oquedad de las altas bóvedas, hicieron estremecer a más de un comensal.

—Disiento de esa teoría, Frank —respondió tranquilamente Max Kelly—. El mal no está en el ambiente, sino en el corazón de cada cual. ¿Acaso siente usted deseos de matar, por encontrarse debajo de este techo que ni siquiera sabemos si fue escenario alguna vez de crímenes medievales?

—Si todos fuésemos sinceros, confesaríamos que, efectivamente, hay algo dentro que nos cosquillea, impulsándonos a dar rienda suelta a esos instintos que la civilización nos ha enseñado a contener.

Eddie Allen dio un puñetazo en la mesa.

—¡Es usted un majadero, Taylor!

El jefe de producción no se alteró como era de esperar. Sonrió tan solo, pero su mueca resultó desagradable.

—Es usted tan tonto como presuntuoso, jovencito. Resulta patético verle hacer siempre de galán.

Allen se incorporó, brusco.

—¡Le voy a...!

Pero Joe le retuvo del brazo.

—Quieto. No arreglará nada así. Taylor solo quiere asustarnos un poco. ¿Es que no se da cuenta de que le está haciendo el juego?

Lorene apartó su silla.

—Debo retirarme; lo siento.

Max no se movió. Curiosamente, trasladó su mirada del cuerpo de su mujer al rostro de Taylor, pero nada permitía saber cuál era el rumbo de sus pensamientos.

Mirna Dayton echó hacia atrás su rubia cabellera, y lanzó una risita nerviosa.

—¡Qué excitante resulta todo esto!

El director de cine bebió un sorbo de vino.

—No sé qué clase de nervios tienen ustedes. A usted le ha impresionado Morven Castle, Frank, y también ha causado su efecto en Joe. ¿Les has contado lo sucedido, Joe? —preguntó, mirando al muchacho.

Este negó:

—No.

—¿Por qué no lo haces? —preguntó Marion Turner, fijando en él sus ojos oscuros y alisándose un poco más el jersey que cubría su busto, sobre el que la publicidad había erigido su fama.

—Prefiero no hacerlo. Max ya se ha reído bastante.

—¿Es algo referente a una armadura animada? —preguntó Taylor.

—¿Cómo lo sabe?

—Nuestro anfitrión me lo ha contado. Keith Largs sostiene que Morven Castle está habitado por algo... o alguien a quien él llama la... *Cosa*. Una especie de espíritu o así que se adueña de la voluntad de una persona o de un animal, impulsándole a actuar según su infernal voluntad. Una tontería, sin duda, pero... Joe ha tenido que luchar contra esa armadura animada, y por fortuna

encontró a mano una maza con la que dar buena cuenta de su agresor. ¿Usted cree que había alguien dentro de la armadura, Wilman? —insistió el jefe de producción.

—Sí.

Marion se trasladó a la silla que había dejado vacía Lorene, para estar más cerca del jefe de publicidad.

—¿Qué había dentro, Joe?

—Un gato.

Nadie rio. La conversación rozaba los lindes de lo irreal, y cada persona guarda en lo más escondido de su pecho un resto de miedo ancestral.

—Un gato animado por la... Cosa, según Keith Largs. Algo muy inquietante, en verdad —corroboró Taylor.

Doris se levantó también y se despidió:

—Les dejo con su animada conversación.

Kelly encendió un cigarrillo.

—Sea lo que sea, es un escenario ideal para mi película.

Eddie Allen gruñó:

—Me está fastidiando que alguien trate de atemorizarnos. ¿Qué es lo que pretende, Taylor?

—Si no es capaz de mantener una conversación inteligente, es mejor que se retire, como las señoras.

El insulto coloreó las mejillas del galán, pero este no encontró palabras adecuadas para responder a la impertinencia del virulento jefe de producción, y con una imprecación, arrojó bruscamente la silla y salió del comedor, definitivamente perdida la compostura.

El silencio que siguió fue pesado y desagradable. Quizá el único que comprendía la razón de todo aquello era Joe, por haber sorprendido la escena entre Taylor y Lorene, y luego la entrevista de la esposa de Kelly con el galán Eddie Allen. Una vez más, la mujer era la causante de la locura de los hombres.

La reunión se deshizo casi al instante. Steve Mathews murmuró algo relativo a revelar las fotos que habían tomado, y desapareció. Kelly también arrojó la servilleta sobre la mesa y se despidió, pero no había llegado a la puerta cuando la segunda estrella, Mirna Dayton, corrió para darle alcance. El jefe de producción, artífice de aquel desacuerdo, se marchó en dirección contraria y quedaron en el comedor Marion Turner y Joe. Anne, la camarera de Morven

Castle, les sirvió el café, y por fin se encontraron solos.

—No pareces muy afectada por todo lo que se ha dicho aquí — comentó Wilman, mientras disolvía el azúcar en el café.

—Todo eso son tonterías. No pierdo los nervios tan fácilmente. ¿Y tú? ¿Es cierto eso de la armadura?

—Prefiero no volver sobre ese tema.

Marion rodeó la mesa y se situó junto a él.

—Eres terriblemente descortés, Joe. Eres tú quien debía haberse cambiado de lugar.

El jefe de publicidad examinó atentamente a Marion. Un mechón de oscuros cabellos le rozaba la mejilla derecha, dándole un aire más enigmático y atractivo. Era muy hermosa y sabía rodearse de una aureola sexual que enardecía.

—La única forma de no quemarse, consiste en mantenerse alejado del fuego.

Ella sonrió levemente, como en el cine, cuando le tomaban un primer plano.

—Eso debe ser una galantería, aunque pretendías lo contrario.

Marion bebió café, roto el encanto.

—Sin duda, soy tonta. En lugar de perder el tiempo contigo debería correr tras Kelly, como Mirna. Claro que ella necesita una oportunidad... y Max acabará dándosela, en vista de su solicitud.

Joe enarcó las cejas.

—¿Estás tratando de decir lo que pienso, o...?

Terminó Marion el café.

—Max es voluble, aunque muy buena persona. Parece loco por Lorene, pero ella es demasiado estúpida para retenerlo, y él, por despecho, acabará rindiéndose al asedio de Mirna: ella no quiere ser siempre una segunda actriz, y cree haber encontrado el procedimiento de subir en el escalafón.

—Dices todas esas cosas como si no te afectaran lo más mínimo.

—En absoluto; yo soy Marion Turner. Nadie puede quitarme la categoría. Lo único que sucederá es que Mirna y yo no trabajaremos juntas nunca más, porque ella empezará a interpretar primeros papeles. Lo de Lorene es distinto: si no lo evita, Max obtendrá el divorcio. Mirna le ha dado las pruebas.

Aquello empezaba a ser interesante.

—¿Pruebas?

Marion se divertía contándole aquellas cosas.

—Mirna le ha hablado a Kelly de unas cartas cruzadas entre Lorene y nuestro jefe de producción, cuando ella aspiraba a ser alguien en el cine. ¿No sabías que Frank Taylor la protegió en sus primeros tiempos? Puedes imaginarte lo que ocurrió entre ambos, pues ya eres mayorcito y llevas tiempo en el sucio negocio del cine. A Max no le gustará saberlo, y puedes apostar algo a que Lorene pagaría muy a gusto por recuperar esas cartas.

Aquella revelación explicaba la conversación que él había escuchado unas horas antes, pero su significado era tan desagradable que parecía increíble.

—¿Chantaje?

Marion se encogió de hombros.

—No es cosa que me interese, pero algo ocurrirá pronto, ya verás. Por si fuera poco, ese tonto de Eddie Allen parece decidido a hacer de héroe con Lorene... —la estrella se interrumpió de pronto y miró a Joe intensamente—. ¿No vas a hacerme el amor, querido?

Joe la tomó de los hombros, y por un instante, los rojos labios fueron lo único importante de este mundo, pero un grito desgarrador y horripilante les obligó a soltar el apasionado abrazo.

CAPÍTULO V

EL grito volvió a repetirse treinta segundos después. Joe, todavía sujetando los hombros de la estrella, se puso tenso. Ella suspiró, desengañada y molesta por aquella interrupción.

—¿Qué ha sido eso? ¿Está probando Frank Taylor sus efectos de producción? —preguntó la actriz.

Wilman se incorporó bruscamente y corrió hacia la puerta.

—¡Eh, Joe, espérame!

Fue tras él, pero el muchacho corría por el pasillo, buscando intuitivamente el lugar del que había partido el grito, y cuya situación creía poder hallar, guiándose por el sonido.

Sus pasos resonaban lúgubrementemente en el corredor de altas bóvedas. Bajo sus zapatos, la arenisca de la piedra producía un ruido siseante. Las sombras apenas quedaban despejadas por las luces que de trecho en trecho habían sido situadas en los muros.

Al doblar un recodo vio a una figura inclinada sobre un cuerpo caído en el suelo. El hombre, se volvió al escuchar la carrera, pero no hizo ademán de huir.

—Menos mal que alguien viene en mi ayuda.

Joe se detuvo a dos metros y miró críticamente a Keith Largs, el dueño del castillo.

Luego sus ojos se posaron en el cuerpo de Doris, caído en el suelo en postura abandonada.

—¿Qué le ha hecho a Doris?



—¿Qué le ha hecho a Doris?

La pregunta era incisiva, y el súbito apretón de puños reveló a Largs la cólera del joven.

—Está en un error. Yo acudí también al oír el grito.

Se inclinó Joe junto a la muchacha. No presentaba señal alguna

de haber sido agredida, pero estaba muy pálida.

Wilman le tomó el pulso. El corazón funcionaba desordenadamente, como si hubiera sido víctima de una impresión demasiado fuerte.

Joe hizo la pregunta a Largs por encima del cuerpo de Doris. Los dos hombres, arrodillados junto a la muchacha, parecían dos gallos de pelea dispuestos a luchar. Los ojos de Largs fulgieron.

—Salía de mi despacho cuando oí el grito, y acudí corriendo. La señorita ya estaba en esta posición.

Joe miró en torno. Doris había caído frente a una pesada puerta flanqueada por dos armaduras que empuñaban en alto sendas mazas medievales. Era tal su aspecto maligno, que Joe se estremeció un instante, pensando que parecían feroces guardianes decididos a impedir el acceso a una habitación misteriosa.

Marion llegó en aquel momento y se detuvo, jadeando por la carrera.

—¿Qué ha suce...? —se interrumpió al ver el cuerpo de Doris—. ¡Oh! ¿Está...?

No siguió, incapaz de pronunciar la totalidad de su pensamiento.

Joe tomó a Doris en sus brazos y la izó.

—Solo se ha desmayado, pero ha debido sufrir una fuerte impresión. Será mejor que me acompañes, Marion, y te ocupes de ella.

El muchacho lanzó una nueva mirada a la puerta vigilada por tan siniestras armaduras, y preguntó:

—¿Qué habitación es esta, Largs?

—Está vacía.

—No lo creo. Doris vio algo ahí dentro que la puso en este estado.

La sonrisa de Keith Largs resultó fría y burlona.

—Hace tres siglos que nadie entra en la misma: un antepasado mío asesinó a su esposa en ella y luego se ahorcó. Desde entonces, sus espíritus vagan por el interior.

—No es este el momento de bromear, Largs.

—Es usted un incrédulo, señor Wilman, y algo grande tendrá que suceder para que deje de ser tan escéptico.

Marion le tiró de la manga.

—Doris precisa cuidados, Joe. Vamos deprisa.

El muchacho apretó un poco más la dulce carga y caminó, siguiendo el rápido paso de la estrella de cine. Nadie más parecía haber escuchado los gritos de Doris, y llegaron a la habitación de esta, sin que nadie les saliera al paso.

Dejó Wilman el cuerpo femenino sobre el lecho, y Marion pidió:

—Trae de mi habitación el botiquín de urgencia, mientras libero a Doris de la ropa que le oprime. Y no olvides llamar a la puerta antes de entrar.

Cuando regresaba, Joe encontró a Max, y le explicó lo sucedido. El director bufó:

—Os habéis puesto de acuerdo para complicarme la vida.

Una vez hubieron llamado a la puerta de Doris, Marion les autorizó la entrada, y encontraron a la muchacha acostada y cambiada de ropa.

Marion buscó en su maletín unas sales y las aplicó a la nariz de Doris para reanimarla. Un momento después, la joven empezó a moverse. Joe había traído también una botella de whisky, y sirvió un poco en un vaso, que luego dejó caer entre los labios femeninos.

La reacción fue instantánea, y Doris tosió. El color volvió a sus mejillas y luego sus ojos se abrieron.

Tardó algo en darse cuenta de la realidad. Sus ojos vagaron por los rostros de los dos hombres, y por el de Marion, hasta que de pronto recordó:

—¡No...! ¡Es... horrible...!

Joe se inclinó sobre el lecho.

—Cálmate. Estamos contigo, tus amigos.; Qué te ha ocurrido?

Ella se cubrió los ojos con las manos y Marion apartó a Wilman.

—No seas bruto y déjala descansar. No está en condiciones de hablar.

Con una solicitud inesperada en Marion, atendió durante un rato a la muchacha, mientras los dos hombres encendían un cigarrillo.

—¿Dices que estaba desmayada ante aquella habitación? —preguntó Max Kelly, fruncido el entrecejo.

—Y Keith Largs se hallaba junto a ella; no me gusta ese tipo, Max.

—Pues, deberemos soportarlo, queramos o no. Es el dueño del castillo, y tenemos que rodar aquí la película.

Doris parecía haber reaccionado, y aunque de nuevo tenía las

mejillas pálidas, estaba mucho más serena.

Joe se sentó en el borde de la cama y tomó una de las frías manos. Ella trató de encontrar seguridad en la mirada de los ojos masculinos, olvidada de su anterior enfado.

—No sé si podré dormir en este castillo...

—¿Qué te sucedió? ¿Te atacó alguien?

Negó ella.

—Abrí la puerta y...

—Continúa.

—Estaba todo oscuro, pero de pronto... —se ocultó los ojos, otra vez, estremecida—. Nunca he sido miedosa, pero creo que grité y que me desmayé.

—¿Qué viste?

—Flotando ante mis ojos, a unos centímetros, había una horrible calavera iluminada, como si saliera del infierno...

Max y Joe se miraron por encima del lecho de Doris.

—¿Una calavera? —repitió Wilman, como si fuera el eco.

—Sí; ¡no estoy delirando, Joe; es cierto!

—Te creo. ¿Cómo era esa calavera?

—Como... todas, no sé. Fue tan súbita su aparición y tan inesperada que... debí desmayarme.

—¿Estás segura de que nadie te golpeó?

Marion respondió por ella:

—No lleva una señal en todo el cuerpo; me preocupé de comprobarlo.

El muchacho dio unos golpecitos en las mejillas de Doris, a la par que sonreía alentadoramente.

—Está bien, olvídalo, nena. Posiblemente fueron los nervios. Ahora necesitas descansar. ¿Hay en tu botiquín algún sedante, Marion?

La estrella asintió.

—Dormirás mucho mejor si lo tomas, Doris —dijo la actriz, mientras le metía una pastilla en la boca y le hacía beber un sorbo de agua para tragarla.

—Yo velaré su sueño esta noche —decidió Marion—. Me acostaré en ese sofá: es suficientemente amplio para mí.

Max se opuso:

—Mañana comenzaremos el trabajo, y no quiero verte con

ojeras, Marion.

Ella se encogió de hombros.

—Todavía no ha llegado el resto del equipo, y en todo caso ya me las arreglaré.

Una vez fuera de la habitación, Max se encaró con Joe:

—¿Qué piensas de esa historia? No crees en que fuera producto de los nervios de Doris, ¿eh?

—¿Eres tú tan crédulo?

Se mordió el labio inferior el director de cine.

—Sea lo que sea, mi única preocupación es la película.

Se alejó y Joe quedó inmóvil, mirando por un instante las anchas espaldas del director de cine. Luego, cuando volvió el recodo, tomó una decisión y se encaminó al lugar donde había encontrado desmayada a Doris.

La sola visión de ambas armaduras con las pesadas mazas en alto, dispuestas a descargarlas sobre el que intentara franquear la puerta, producía inquietud. Joe había hecho gala siempre de sólidos nervios, pero no pudo contener un estremecimiento.

Observó el pasillo. No había nadie, al parecer. El silencio era absoluto. Ni el menor rumor resonaba en las altas bóvedas, y, sin embargo, Joe tenía la clara sensación de ser observado por alguien.

Avanzó resuelto, no obstante, y apoyó la mano en el frío pomo de la puerta tras la que Doris había visto la fantástica aparición. No creía en misterios de fantasmas, y estaba seguro de que había alguna razón material para aquello. Los muertos y las calaveras no andan ni se mueven. Cuando un fantasma surge, es seguro que debajo de la sábana camina un mortal que busca su negocio en la credulidad de las gentes.

Empezó a mover la manecilla y sintió que el cierre giraba. A pesar de todas aquellas consideraciones, se dio cuenta de que el corazón galopaba agitado en su pecho, y se llamó estúpido por aquel temor infundado.

Sintió que el sudor resbalaba por su espalda, y rabioso, fue a empujar la puerta, pero una voz irritantemente segura le interrumpió:

—Yo no haría eso.

Aunque esperaba algo, sufrió un estremecimiento y giró sobre sus talones.

Keith Largs le sonreía engañosamente, desde unos dos metros de distancia. Iba impecablemente vestido, y se hallaba envuelto en una larga capa negra que le daba un gran parecido con el conde Drácula. Su atuendo negro resaltaba fantásticamente la palidez de su rostro, que parecía flotar, sobre un mar de tinieblas.

—No entre ahí, señor Wilman. Es un buen consejo.

—¿Por qué? —Joe acabó de dominarse—. ¿Cree que voy a correr porque vea una calavera flotando a un palmo de mi rostro?

—Durante todo el día de hoy he tratado de convencerle de que hay una vida ultraterrena que usted toma a broma. Nadie puede entrar en esa habitación. Si lo hace... morirá. Es casi seguro que morirá.

—¿Me está amenazando?

Negó Largs.

—Es tan solo una advertencia. Usted no comprende. Esto es Escocia, la vieja tierra donde los espíritus vagan libremente, aunque ustedes, los incrédulos americanos, no estén dispuestos a admitirlo. Márchese, señor Wilman. No cruce esa puerta.

Joe se volvió.

—Veremos si es cierto que hay espíritus aquí dentro.

Empujó la hoja de madera labrada, pero la puerta no se movió. Inútilmente trató de forzarla; parecía de hierro y no cedió ni un milímetro.

Con una maldición se volvió hacia Keith Largs, pero las palabras se ahogaron en su garganta.

El dueño del castillo había desaparecido como si solamente hubiera sido una aparición de ultratumba.

Nuevamente, Joe sintió frío por la espina dorsal.

CAPÍTULO VI

—YO también quiero un whisky, Findon. Doble —precisó, dirigiéndose al mayordomo, al tiempo que entraba en la biblioteca.

Steve Mathews levantó su vaso y miró el licor al trasluz.

—Por vez primera creo que vamos a beber legítimo y añejo escocés, elaborado conforme a fórmulas seculares.

El mayordomo escanció una generosa ración de licor y Joe tomó el alto vaso con sus fríos dedos.

Mirna Dayton se retiró un mechón de rubios cabellos y sonrió al muchacho.

—Adelante, Joe, cuéntanos qué pasó. ¿Es cierto que a Doris se le apareció una calavera?

Wilman se dejó caer en un sillón y bebió largamente, sin pestañear por la fortaleza del licor. Tenía un sabor exquisito.

Lorene dejó de hojear la revista que miraba. Situada bajo la lámpara de pie con pantalla de pergamino, sus cabellos parecían encendidos por un fuego irreal. A pesar de la distancia que les separaba, Joe creyó percibir la inquietud de la esposa de Kelly.

—¿Dónde está Max?

Desde la puerta le llegó la voz del director.

—Fui a recoger mi bolsa de tabaco que había olvidado en el dormitorio.

La mostró y se sentó frente a Joe. Luego se puso a cargar metódicamente la pipa de espuma.

—¿Dónde estuviste, Joe? Estás pálido.

Su voz había bajado de tono hasta convertirse en un susurro.

—Tropecé de nuevo con Largs: pretendí entrar en aquella habitación, pero no me fue posible.

—¿Te lo impidió?

—Dijo que podía morir si traspasaba el umbral. Por lo visto; hay

espíritus allá dentro: no sé si está loco o es un maníaco peligroso.

—Y entonces preferiste no probar.

—No me conoces bien: tan solo, la puerta no se abrió, y cuando me volví para pedirle las llaves, había desaparecido.

Max miró el vaso de whisky que Wilman sostenía entre sus dedos.

—¿Estás seguro de que este es el primero?

—Claro que sí, rayos. Desapareció como si fuera una sombra.

—O un espíritu.

Parecía una burla, pero en aquel instante, Kelly se ocupaba en apretar debidamente la carga de la pipa y tenía sus párpados bajos.

Fue a decir algo, pero en aquel momento sonó un alarido. No pareció un grito humano, pero tampoco recordaba ningún grito animal. Fue como una demoníaca expresión de terror, como una alucinante locura convertida en sonido, que hizo saltar de sus asientos a los aburridos contertulios.

El alarido se extinguió y luego el silencio siguiente resultó infinitamente más horrible. Tras unos segundos de inmovilidad absoluta, un nuevo y estrepitoso ruido les hizo volverse a todos. Findon, el mayordomo, acababa de dejar caer una botella, que se había hecho añicos al chocar contra las losas del suelo.

Joe fue el primero que se puso en movimiento. Tras él, salieron los demás a la carrera.

Wilman tenía todavía en sus oídos aquel grito de ultratumba, aquel horror candente que parecía salido de una película de misterio.

En el pasillo encontró a Marion Turner a la puerta de la habitación de Doris, sujetándose los latidos de su corazón con las manos, y más allá, delante de la habitación de Frank Turner, al galán Eddie Allen, sumamente pálido.

—¿Quién ha gritado?

Allen señaló la puerta de la habitación del jefe de producción.

—Parece que fue aquí dentro.

—¿Te encuentras bien, Marion? —inquirió Joe.

—Sí; y Doris ya está durmiendo.

Se acercó Wilman al lugar donde se hallaba Allen,

—¿Ha entrado usted aquí dentro?

—No. Iba a llamar cuando llegaron ustedes.

Kelly se situó junto a Joe.

—Tenemos que entrar.

Llamó con los nudillos, pero nadie respondió. Joe, más expeditivo, empujó la puerta.

Esta se abrió. La lámpara de la mesilla estaba encendida, pero su luz amarillenta no desvelaba por completo las sombras del gran dormitorio.

—Frank —llamó el director—. ¡Frank! ¿Está usted ahí?

No obtuvo respuesta. Aquel silencio era opresivo, y los presentes se miraron, horrorizados.

Joe avanzó resueltamente.

—Será mejor que examinemos esto bien.

Encendió la lámpara del techo y a la luz de la misma no hallaron a Frank Taylor, pero sí sus ropas sobre una silla, donde las había arrojado descuidadamente.

Max señaló una puerta entreabierta de donde salía luz.

—Quizá en el cuarto de baño...

Joe se adelantó y se asomó.

Tuvo que agarrarse al quicio para no desplomarse. Un temblor progresivo nació en sus rodillas y ascendió por sus piernas hasta ahogarle la voz.

—¿Está ahí? —preguntó Kelly.

Joe cerró los ojos y sintió la necesidad de gritar él también, de aullar hasta volverse loco o hasta que se le rompieran las cuerdas bucales.

* * *

Sintió en su hombro la presión de la mano de Kelly, y estuvo a punto de desplomarse. En su nuca, el director de la película preguntaba:

—¿Por qué no respondes, Joe?

Miró él también.

—¡Santo... cielo...!

Le oyó resollar y luego notó en su hombro la desesperada presión de los dedos de Kelly, ansiando asirse a algo sólido que le mantuviera fijo en este lado de acá de la cordura humana.

—No... es posible... —siseó Max.

—Nos estamos volviendo locos o...

Delante de ellos, recostado en la bañera, sonriéndoles casi, había un esqueleto todavía húmedo. Mientras tuvo vida se retorció en convulsiones horribles hasta que la Muerte lo dejó inmóvil, ovillado. Su mandíbula inferior había caído, con un alucinante gesto de hilaridad, y esto hacía que brillaran aún más las tres piezas de oro que Frank Taylor lució durante muchos años en vida.

* * *

Salieron y cerraron la puerta. La atmósfera sofocante del baño les había embriagado, y sin fuerzas, se dejaron caer en un sofá. Eddie Allen, Lorene y Mirna les miraban, llenos de estupor ante la insólita reacción de ellos dos.

La mano temblorosa de Joe se alzó, suplicante:

—Da... dadme algo de be... beber...

Findon, el mayordomo, se inclinó levemente en la puerta.

—Inmediatamente, señor.

Marion también apareció en el quicio, temiendo algo horrible.

—Pero... ¿qué ha sucedido?

Poco a poco, los dos hombres se tranquilizaron lo suficiente.

—Frank... está ahí dentro... muerto...

Allen parpadeó.

—¿Muerto?

Abrió la puerta y miró antes de que alguien se lo impidiera.

Inmediatamente volvió a cerrar y corrió a un rincón, estremecido por las arcadas.

Findon regresó a la carrera con una botella y vasos. Joe bebió largamente, y cuando el whisky cayó en su estómago, se encendieron sus mejillas y todo su organismo se reanimó.

Max también bebió hasta entonarse. Findon acudió luego para auxiliar al actor.

—Algo horrible ha sucedido, pero es mejor que nadie entre ahí, si no quiere morir de asco. Dentro de la bañera solo encontraríais el esqueleto de Frank Taylor.

Las palabras de Joe horrorizaron a los circunstantes.

El fotógrafo parpadeó tras sus gruesos cristales.

—Es una broma, ¿verdad?

Señaló Joe a Eddie Allen que en aquel momento salía, acompañado por el mayordomo, sin duda para acostarse.

—¿Crees que eso es una broma?

Steve apretó los labios y fue al baño.

—No lo hagas —aconsejó Max.

—Tengo el estómago duro —replicó el fotógrafo, abriendo.

Joe fue con él. Ahora notó el muchacho la razón de aquella atmósfera cargada y horrible. Olía a carne humana desintegrada, a materia orgánica carbonizada a causa de algún agente externo.

Mathews resopló.

—¡Diablos!

Hizo un esfuerzo para seguir adelante.

—Pobre Frank —susurró—. ¿Quién te ha puesto en este estado... y tan rápido?

Se inclinó sobre la bañera. La habían vaciado, pero quedaban residuos en el desagüe.

Steve alargó la mano y tocó aquel líquido. Luego, rápido, abrió el grifo del lavabo y dejó que el agua inundara su mano para librarla del líquido oleaginoso que había tocado.

—Ácido sulfúrico —dictaminó—. ¡Qué muerte! El ácido se comió la carne mientras él estaba vivo, probablemente.

—¿Cómo sabes que es sulfúrico?

—Lo empleo a diario en fotografía para reforzar.

Joe miró la bañera y la señal que el ácido había dejado en la porcelana.

—¿De dónde ha podido salir tanta cantidad de sulfúrico?

Steve salió del baño, descompuesto el rostro a pesar de su pregonada fortaleza.

El muchacho le siguió y cerró tras sí la puerta, apoyándose luego en ella.

—Creo que hay que llamar a la policía. Esto es un crimen. Nadie se baña en ácido sulfúrico por capricho.

El mayordomo, siempre eficiente, se ofreció:

—Puedo conducirlo hasta el teléfono, si lo desea, señor Wilman...

CAPÍTULO VII

DESCOLGÓ el teléfono y accionó la palanca repetidas veces hasta que advirtió que la telefonista de la Central de Aboyne establecía la comunicación.

—¿Sí? ¿Con quién desea hablar, señor?

—Por favor, deprisa. Póngame con la...

¡Clic!

Sintió claramente el chasquido que interrumpía la comunicación. Nerviosamente golpeó el interruptor, pero el silencio más absoluto se reflejó en el auricular.

Findon se interesó cortésmente:

—¿Ocurre algo, señor?

Joe se retiró de la oreja el aparato y lo miró críticamente.

—No, salvo que han cortado la línea.

—¿Cómo dice, señor?

—Ya lo oyó. Alguien cortó la línea. Basta un alicate para ello. O un fuerte tirón. Estamos incomunicados.

—Pero..., ¿quién puede desear una cosa así?

—Es sencillo, ¿no cree, Findon? El asesino quiere evitar que esto se llene de policías.

El impasible mayordomo volvió a inclinarse obsequiosamente.

—Sí en algo puedo ayudarle...

—Gracias, Findon; puede que sí —miró en torno. Se hallaban en la biblioteca los dos solos. No lejos de allí, Frank Taylor, o lo que quedaba de él, yacía sobre la bañera con residuos de ácido sulfúrico. Aquella muerte solo significaba que un asesino vivía bajo aquel mismo techo, pero nada permitía suponer su identidad, no había ningún rastro, salvo todas aquellas historias y aquellos sucesos siniestros que habían ocurrido desde la llegada de ellos al castillo—. ¿Hace cuánto tiempo que está usted al servicio del señor

Largs?

Findon respondió prestamente:

—Cinco días, señor.

La extrañeza de Joe fue patente.

—¿Cómo entró usted a trabajar en Morven Castle?

—A través de una agencia, señor,

—¿Qué ocurrió con el anterior mayordomo Findon?

—Fueron despedidos todos hace un mes, con ocasión del viaje al continente del señor Largs

—¿Despedidos... todos? ¿A quién se está refiriendo, Findon?

—A todo el servicio, señor. Tanto mi antecesor, Merrick, como las doncellas y el criado, fueran despedidos.

—¿Por qué razón?

—Lo ignoro, señor.

—Así, pues, el servicio actual es nuevo en Morven Castle.

—Por completo, señor. Claro que he procurado que todos nos habituásemos rápidamente, a fin de que nadie advirtiera deficiencia alguna.

—Gracias, Findon, es usted muy eficiente ¿Proceden todos ustedes de la misma agencia?

—Sí, señor.

—Me imagino que el señor Largs les conocería a todos ustedes...

—Creo que no. Yo tengo muy buenos informas, señor, y en la agencia me conocen bien. Al parecer, el señor Largs les escribió pidiéndoles que seleccionasen un servicio adecuado, y me llamaron a mí. Yo mismo busqué a los demás.

—¿No había nadie, cuando ustedes llegaren a Morven Castle? ¿Algún criado o mayordomo?

—En la agencia me hicieron entrega de la llave de la puerta. Todos nosotros vinimos en un coche que alquilamos en Aboyne, y durante dos días trabajamos de firme para que el señor Largs lo encontrara todo a su gusto cuando estuviese de vuelta.

—Entonces, hace tres días que regresó.

—Sus cálculos son exactos, señor.

—Gracias, Findon, es usted el perfecto mayordomo. ¿Sabe dónde podría encontrar a Merrick o a alguno de los criados anteriores?

Negó el mayordomo, inexpresivo como siempre.

—No los he visto jamás, señor, ni he sabido de ellos. Tampoco

he tenido tiempo de visitar Aboyne ni de entrar en contacto con las personas que les pudieran conocer.

Joe encendió un cigarrillo y entonces se dio cuenta de que su pulso temblaba. Max entró en aquel momento en la biblioteca.

—¿Cuándo vendrá la policía?

—Temo que nunca: han cortado la línea.

—¿Qué dices

Salieron de la biblioteca.

Wilman se encaró con el director.

—Alguien cortó la comunicación. Estamos aislados en Morven Castle.

Max entrecerró los ojos, quizá porque el humo de su pipa le molestaba.

—Y un asesino suelto.

—Por fin crees, ¿eh?

—He visto al pobre Frank, y eso no es fácil olvidarlo.

—Menos mal que yo había perdido los nervios esta tarde, porque de otra manera, si mis desconfianzas hubieran sido ciertas, esto sería un depósito de cadáveres.

—No es preciso que me guardes rencor por mi incredulidad...

—Es cierto: no conduce a nada.

Caminaron por el pasillo y volvieron a detenerse ante la habitación del jefe de producción.

—¿Qué podemos hacer, Joe?

—Se ha cometido un crimen y la policía debe examinar el escenario del mismo. Pienso que lo más acertado sería cerrar esta habitación.

Findon les había seguido, quizá intuyendo que podía hacer falta su presencia.

—Necesitamos la llave de esta habitación.

—La encontrarán al otro lado de la cerradura, señor.

Abrió él mismo la puerta y la mostró. No había nadie dentro, pero aun así Joe quiso comprobar que el baño continuaba con su fúnebre inquilino.

Le bastó una mirada y retrocedió vivamente. La presencia de aquello resultaba insoportable.

—Cerraremos a fin de que nadie entre hasta la llegada de la policía. ¿Hay alguna otra llave, Findon?

—No, que yo sepa.

Wilman accionó la cerradura y tendió la llave a Kelly:

—Guárdala; eres el máximo responsable entre nosotros.

El director dudó y por fin la metió en uno de sus bolsillos, con visible repugnancia.

—Ahora debemos hablar con el señor Largs: ¿no sabe todavía lo ocurrido?

—Yo le informé, señor —manifestó el mayordomo.

—¿Cuál fue su reacción?

—Ninguna, señor. Se limitó a pedirme que me retirara.

Arqueó Joe las cejas.

—¿No resulta extraña esa pasividad?

—Estoy acostumbrado a las excentricidades de los señores —hizo un gesto como de disculpa y añadió—: Perdón, señor.

Wilman arrojó el cigarrillo que fumaba y decidió:

—Iré a ver a nuestro anfitrión. Mientras, no estaría de más que averiguaras dónde estaba cada uno de nosotros a la hora en que oímos aquel grito: será trabajo que ahorraremos a la policía. Condúzcame a presencia del señor Largs, Findon.

El mayordomo se apresuró a cumplir aquella orden, y poco después entraba Joe en el despacho del dueño del castillo. Una vez más, la vista de aquella colección de animales disecados le produjo horror. Parecían surgir de las tinieblas como si poseyeran vida, una vida dominada por algo siniestro que los volvía malignos. Keith Largs, tras su escritorio, acariciaba el lustroso pelaje de “Gog”.

—Ustedes han excitado a los espíritus de Morven Castle. Márchense antes de que sea demasiado tarde —ordenó Largs, mirándole fijamente.

Joe desvió la vista, escarmentado, y apretó los puños furiosamente.

—No sé si es un loco o algo peor. ¿Es todo cuanto se le ocurre decir, después de un crimen tan horrible?

—Sabía que sucedería algo así. Eran demasiados los avisos. Morven Castle no quiere huéspedes. Abandonen el castillo, ahora que pueden.

—No lo haremos.

Largs avanzó el torso, y sus ojos brillaron peligrosamente.

—Ustedes serán los responsables de lo que ocurra.

—La policía vendrá.

—No es probable porque solo hay un comisario y un ayudante en Aboyne, pero, aunque viniesen, ¿qué cree que harían?

—Apresar al asesino.

—Ellos saben que la *Cosa* no puede ser metida en prisión.

—¿Quiere dejar de hablarme como si yo fuera, un niño? Eso ha sido un crimen y... tengo motivos para sospechar que usted sabe algo de él.

Keith Largs se incorporó lentamente. Sus manos huesudas y blancas aparecieron sobre la mesa, y su cuerpo se inclinó hacia adelante, haciéndose más ominosa su expresión:

—Váyase antes de que cambie de opinión.

El muchacho sostuvo la mirada de Largs, desafiadoramente, y luego de pronto retrocedió, cambiando la dirección de su mirada. Otra vez había quedado prendido en el magnetismo de aquellos ojos fríos y dominadores.

Solo cuando caminaba hacia el ala del castillo donde tenían sus habitaciones, salió de la atmósfera irreal en que se sumergía cada vez que tropezaba con Keith Largs. Había algo maligno en aquel hombre. Algo que le hacía desconfiar. Si había un criminal bajo las bóvedas de Morven Castle, su dueño parecía el candidato ideal.

Encontró a todos reunidos en la habitación de Max, que en aquel momento decía:

—¿Dónde estabas cuando oímos el grito, Eddie?

El actor de cine, sentado a caballo en una silla, se frotó la barbilla.

—En mi habitación.

—¿Solo?

—Claro.

—Quiero decir, que no hay nadie que pueda corroborar tu afirmación.

—Sí, pero, ¿qué tontería es esta? ¿Acaso se nos va a acusar de haber hecho algo tan horrible?

Joe se adelantó:

—Tengo motivos para pensar que la muerte de Frank ha beneficiado a alguien.

Sus palabras sembraron la inquietud. Lorene buscó ansiosamente los ojos de Allen, al tiempo que Max fruncía el entrecejo. Marion

apretó un poco más el pañuelito que sostenía en sus dedos y Steve Mathews se deslizó en su butaca.

—¿Quieres ser más claro, Joe? —pidió Kelly.

—Con gusto. No creo en fantasmas ni en seres ultraterrenales. Morven Castle no tiene brujas ni... trasgos, pese al afán de nuestro anfitrión por demostrar lo contrario. Si rechazo la posibilidad de intervención mágica, debo reconocer que la muerte de Frank se debe a la voluntad humana: es la consecuencia de un plan ideado por alguien...

—¿Quién podía querer la muerte de Taylor? —preguntó Eddie Allen, con cierta agresividad.

—Conozco a varias personas —y sostuvo firmemente su mirada.

Max gruñó:

—No perdamos los nervios, Joe. La muerte de Frank se ha realizado de una forma insólita. Si me apuras diré que ninguno pudo hacerlo, por carecer del ácido necesario...

El fotógrafo le interrumpió

—Un momento; creo que antes debéis conocer la noticia: me han robado todo el ácido sulfúrico que traje de América.

Joe miró a los reunidos, tratando de hallar en sus rostros algo que le revelara un sentimiento de culpabilidad, pero quedó defraudado al encontrar solo estupor y asombro. Por un momento pensó que todos eran inocentes, pero casi al instante se dio cuenta de que la mayoría vivían desde hacía tanto tiempo en el mundo del cine, que el fingimiento era parte de sus propias vidas.

—¿Tenías ácido sulfúrico, Steve? —preguntó Max Kelly.

—Traje una buena provisión, por si lo necesitábamos. No me fío nunca de la clase de productos químicos que utilizan en los laboratorios, y no deseo en modo alguno arriesgarme a que los rollos salgan defectuosos.

Allen se incorporó, dando rienda suelta a su tensión nerviosa:

—¡Rayos, busquemos al que robó ese condenado ácido, y habremos hallado al culpable!

Mathews se quitó los lentes y los limpió con cuidado. Sus ojos, sin la habitual, defensa de los gruesos cristales, aparecían mortecinos y deslumbrados.

—Cualquiera pudo apropiarse de esas garrafas. Las dejé abajo, en el cuarto que hemos habilitado para almacén.

Dejó Joe que pasara algo de tiempo antes de decir:

—Será preciso examinar las coartadas de cada uno de nosotros.

—¿Por qué habríamos de hacer eso? —inquirió Lorene, vacilante.

—Hay una razón: es preciso buscar al asesino.

—¿Eso es tarea de la policía, ¿no? Aguardemos a que vengan.

—Eso no sucederá nunca, Lorene. Cuando intenté llamar por teléfono, alguien cortó la línea.

Sus palabras entrañaban una latente amenaza.

Marion se estremeció.

—¡Este siniestro caserón...!

—¿Asustada, Marion? Hace poco no lo estabas —comentó Wilman, mirando a la primera actriz.

—Me burlaba de todo porque... no podía pensar que algo nos amenazara realmente.

—¿Dónde estabas cuando sonó el grito?

—En la habitación de Doris.

—¿Le habías administrado el sedante?

—Sí.

—Luego, dormía ella.

—Claro. ¿A dónde quieres ir a parar?

—Solo quería establecer si dispones de coartada.

Marion saltó y se dirigió hacia él, furiosa:

—¿Cómo te atreves?

Joe la sujetó de los hombros, pero la estrella se soltó bruscamente.

—Déjame. ¡Te odio! No sé cómo he podido...

Se interrumpió y volvió al rincón del que había salido, seguida por las curiosas miradas de los demás.

Volvió Joe la espalda a Marion, y giró una ojeada en torno. Steve le sonrió:

—Yo estaba en la biblioteca cuando entraste, Joe. Lorene y Mirna me acompañaban y también estaba el mayordomo. Creo que los cuatro tenemos coartada, ¿no es así?

Parecía burlarse de él. Wilman respiró hondamente, dándose cuenta de que el papel de policía no era tan fácil como se suponía.

—Yo también estaba con vosotros cuando oímos el grito de Frank —añadió Kelly, despegándose la pipa de los labios.

Joe negó:

—Acababas de llegar cuando Frank gritó. ¿De dónde venías?

—Probablemente de ponerle sulfúrico en el baño a Taylor. ¿Es eso lo que piensas? —masculló el director de cine, levemente pálido por la cólera.

—No estoy acusando a nadie, Max —intentó Joe contemporizar—. Tan solo trato de situar a cada uno de nosotros en la escena del crimen.

—En ese caso, empieza por ti mismo —intervino Marion rápidamente.

—No es mala idea —rio Mathews—. Apareciste en la biblioteca inesperadamente y al poco oímos aquel alarido. ¿Estuviste con alguien hasta entonces, o careces igualmente de coartada?

Joe fue a protestar, pero se calló, comprendiendo que la misma razón tenían los demás para sospechar de él.

—Me entrevisté con Keith Largs poco antes, ante la habitación donde hallamos a Doris desmayada.

No era exactamente una prueba que le eximiese de culpabilidad, pero le descartaba en cierto modo.

—No hemos llegado a ninguna conclusión —rechazó Mathews—. De nada sirve saber dónde estuvimos poco antes de encontrar el... cadáver —no era exactamente un cadáver lo que habían hallado, pero el fotógrafo consideró más discreto emplear aquella palabra—. Para cometer ese... atentado no era preciso que el asesino se encontrara con su víctima. Pudo preparar solícitamente el baño con la debida antelación...

Kelly barbotó una imprecación.

—No es de buen gusto bromear sobre esto.

—Mathews tiene razón —asintió Joe Wilman—. Cualquiera pudo hacerlo... pero hay que convenir en una cosa: el asesino tenía un motivo para ello.

—Cierto —asintió Allen, con el aire burlón del que admite algo evidente.

—¿Quién de nosotros tenía motivos para matar a Taylor?

—¿No sería mejor preguntar quién deseaba o necesitaba matarlo de esa forma tan horrible y cruel? —rectificó Kelly.

—La respuesta es: alguien que lo odiaba lo suficiente.

El director de cine miró a su equipo.

—¿Alguien odiaba a Frank?

Joe negó:

—No vas a obtener resultados así, Max. Nadie lo va a confesar.

—¿Tienes un sistema mejor?

—Creo que sí.

—¿Cuál?

Se dirigió a la puerta y la abrió.

—Lo pondré en práctica.

Una vez hubo cerrado tras sí, vio a Findon, erguido e impasible a tres pasos de distancia de la puerta. Parecía aguardar a que alguien reclamara su presencia para presentarse al instante, pero a Joe le extrañó aquella solicitud.

Miró fijamente al servidor y este permaneció impasible, pero algo en sus ojos, aquel leve temblor de los párpados, o el casi imperceptible jadeo, le hicieron pensar que Findon había estado escuchando toda la conversación que ellos habían mantenido.

—Findon.

—¿Señor?

—Es imprescindible comunicar con la policía.

—El teléfono continúa averiado, señor. Lo he comprobado hace unos minutos.

—En ese caso, alguien debe ir a Aboyne.

—¿Ahora, señor?

—Sí; ¿ocurre algo?

—Es noche cerrada, señor, y ninguno de los criados osaría descender Morven Mountain mientras el sol esté oculto.

—En ese caso, hágalo usted mismo. Coja uno de nuestros coches, si es preciso, pero vuelva inmediatamente.

Vaciló Findon, visiblemente contrariado por aquella orden, pero no se rebeló contra ella.

—Sí, señor.

Joe le vio alejarse y en su cerebro se aumentaron las preocupaciones. ¿Era Findon tan inocente como aparentaba? La pregunta no dejaba de ser inquietante. Si tenía algún grado de culpabilidad era arriesgado dejarle marchar, pero aún resultaba más peligroso que él mismo, Joe Wilman, abandonara Morven Castle para visitar la comisaría de policía de Aboyne; no estaba seguro de que reinara la normalidad durante su ausencia.

Y quería vigilar a sus compañeros de equipo.

CAPÍTULO VIII

PENSANDO todavía en aquello, entró en el dormitorio de Doris para comprobar su estado. Una lámpara, cubierta a medias con una revista abierta para amortiguar su resplandor, creaba una suave luminosidad en torno al lecho. Joe avanzó y miró el rostro de la mujer y sus rubios cabellos desparramados por la almohada. Al parecer, la muchacha soñaba algo aterrador porque se retorció entre sueños y sus labios modulaban Una y otra vez:

—¡No! ¡No!

Wilman se aproximó al lecho y sacudió el hombro femenino.

—Despierta, Doris, no te ocurre nada.

Los párpados se movieron y lentamente ella le miró. Todavía temblaba cuando susurró:

—Otra vez he visto esa... calavera.

Se sentó Joe en la esquina de la cama.

—Olvidalo; fue una broma de muy mal gusto.

—¿Una broma?

—Estoy seguro. Alguien quiso burlarse de ti. ¿Verdad que no vas a preocuparte más? —sonrió alentadoramente, y obtuvo el resultado apetecido.

Doris le sonrió también, y por su expresión comprendió que el miedo se había replegado, dejando de hostigar a la muchacha.

—Dime, Doris, ¿viste a alguien dentro de aquella habitación?

Negó ella firmemente:

—Estaba muy oscura.

—¿O alguna cosa? ¿Algún detalle, por pequeño que fuese?

—No.

Palmeó la mano femenina, y con agrado vio que ella no la retiraba.

—Vamos a ver, Doris, tú no eres una niña. Conoces demasiados

trucos cinematográficos para ser sorprendida por ninguno. ¿Cómo estaba hecho aquel?

Ella parpadeó.

—Es cierto. Yo... veía que a pesar de todo el horror que me dio... no me resultaba desconocido.

—¿De qué hablas?

De pronto, se puso a reír a carcajadas.

—¡Tiene gracia! ¡Me he desmayado como una solterona de pueblo a la vista de un ratón, y esa calavera pertenecía a nuestro equipo de efectos especiales!...

—¿Estás segura?

—¡Por completo! Era fosforescente, como las nuestras, y ninguna luz espectral la iluminaba. Tan solo tuvieron que colgarla ante la oscuridad total de la habitación...

Rio también Joe, aunque aquella revelación acrecentó sus sospechas de que alguien vinculado al equipo de cine estaba complicado en tan desagradables sucesos.

Los pasos de Marion les hicieron mirar hacia la puerta.

—He escuchado lo que decías, Doris —declaró la estrella—, y si eso es cierto, quiere decir que alguno de nosotros te gastó esa broma tan repugnante.

—No fue broma lo de Frank —recordó Joe.

Doris se incorporó bruscamente.

—¿Qué le ha ocurrido a Frank Taylor? —preguntó con avidez.

—No, no, nada —demasiado tarde se dio cuenta Joe de su desliz—. Nada que importe ahora —cambió una mirada significativa con Marion y esta hizo un gesto de asentimiento—. Duerme.

—Tengo derecho a saber...

Wilman se golpeó una mano contra la otra, por estúpido.

—No quería inquietarte. Frank ha sufrido un accidente.

La muchacha examinó los rostros de sus dos amigos y negó:

—No es cierto. Taylor ha muerto, ¿verdad?

Era imposible negarlo, porque no les iba a creer.

—Sí, pero...

Doris no se movió. De nuevo su ánimo se derrumbó tras aquella revelación, y el miedo volvió, sinuoso y envolvente.

—¿Crees que lo mío puede tener alguna relación con eso?

El muchacho sacudió la cabeza y caminó por el dormitorio.

—No lo sé, aunque opino que no se hacen las cosas sin motivo.

Marion se puso también a pasear, fijos los ojos en el suelo para concentrar su pensamiento.

—¿Por qué razón pondrían esa calavera a la entrada?

La pregunta de la estrella quedó en el aire flotando, hasta que Joe creyó encontrar la respuesta.

—Sin duda, para asustar al que abriera la puerta.

—En otras palabras, pretendían impedir que nadie entrara allí.

—Así es —asintió Wilman, animadamente—. Lo cual nos hace pensar en que allí había algo que no debía ser visto por nadie.

—Algo peligroso, algo que echaba por tierra los planes de nuestro desconocido enemigo.

—Yo traté de entrar, pero la puerta estaba cerrada y Keith Largs me advirtió que podía morir si forzaba la puerta... Me habló de unos espíritus y no sé cuántas estupideces más.

—No me gusta ese hombre, Joe —manifestó Marion.

—Ni a mí. Tiene gustos terroríficos.

La calavera que asustó a Doris y la terrible muerte de Frank Taylor parecían encajar en la mente de alguien que alimentara ideas macabras.

—No te separes de Doris en toda la noche, Marion —suplicó—. Estaré más tranquilo si sé que os acompañáis mutuamente.

Marion fue hasta él y lo miró rectamente a los ojos. Volvía a ser la mujer seductora que había conquistado los corazones de muchos hombres. Joe percibió el brillo anhelante de los ojos femeninos y la humedad temblorosa de los rojos labios.

—¿Ya no sospechas de mí?

—Nunca lo he hecho en realidad.

—No te vayas, Joe —susurraba junto a la puerta, lejos de los oídos de Doris—. A tu lado no tendría miedo. Doris ya no necesita de mis cuidados.

Tomó las manos femeninas. Estaban frías y se apretaron ansiosamente contra las suyas.

Miró Joe a Doris, que les vigilaba desde el lecho, y sonrió tratando de no herir a la famosa actriz.

—No podemos perder la cabeza, Marion; esta puede ser una noche trágica.

Le soltó las manos y se despidió con un gesto amable de Doris,

que, muy pálido, continuaba mirándolos fijamente.

* * *

Cuando cerró la puerta, tuvo la clara sensación de que había alguien más en su dormitorio, alguien que le aguardaba tras la puerta.

Se volvió en redondo.

A solo dos pasos de distancia, en pie, engarbados los dedos en torno a la cazoleta de su cachimba, estaba Max Kelly.

Joe nunca le había visto tan sombrío ni alterado. Sus dientes rechinaban y en sus ojos brillaba una luz feroz. Por un momento Wilman recordó a Taylor y sus relaciones con Lorene.

—¿Ocurre algo, Max?

Retrocedió un paso, instintivamente, a su pesar, afectado por la agresividad que emanaba del director de cine.

—Tú sabes que sí, Joe. Tú has sido uno de los que más cosas me han ocultado.

Avanzó Kelly un paso y luego otro. De pronto, la pipa saltó hecha pedazos por la violenta presión de sus dedos, y el director de cine la arrojó al suelo desdeñosamente, sin dejar de acortar distancias entre Joe y él.

—¿A qué has venido, Max? —preguntó Wilman, serenamente.

—Quería escupirte a la cara todo mi asco, a decirte que eres tan miserable como ellos.

—Será mejor que te serenes.

—¡Al diablo tus consejos! Como siempre, el marido es el último en saberlo. ¿Te has reído mucho a mi costa, Joe?

—Estás loco.

El muchacho no pudo seguir retrocediendo porque había llegado a la chimenea. Kelly lanzó una carcajada agria.

Sus manos aferraron las solapas de Joe y sacudieron, furiosas.



Sus manos aferraron las solapas de Joe y...

—No vas a reírte más de mí, Joe.

Tenía los ojos saltones y enrojecidos. Había conocido Joe a personas como Max, correctas y educadas cuando estaban normales, pero abocadas a la locura cuando algo les desequilibraba.

Las manos subieron hasta cerrarse en torno al cuello del muchacho.

Joe abandonó las contemplaciones.

—¡Estás cometiendo una tontería, Max! ¡Suéltame!

Le golpeó en el estómago y luego, con más fuerza todavía, en el hígado. Pero Kelly no aflojó la presión de sus dedos. Parecía insensible a todo lo que no fuera dar salida a su odio, un odio explosivo y demoledor, tan voraz como la lava de un volcán en erupción.

Joe le empujó, trabando su pie entre los del director. Esto le hizo caer, aunque no soltar la presa. Wilman sentía que los oídos le zumbaban y que perdía el contorno de los objetos mientras algo le martilleaba las sienes. Se dio cuenta, alarmado, de que Max iba a matarle si no lo evitaba rápidamente.

Se revolvió, animado por una furia que él mismo desconocía, y volvió a golpear, sin piedad esta vez.

Sus puñetazos resonaban lúgubrementemente contra el cuerpo de Kelly. En una de las contorsiones pudo zafarse de la terrible presa, y se incorporó trabajosamente. Las manos de Max aún le buscaron, y Joe le dio una patada en la muñeca derecha, que le hizo aullar de dolor. Luego, y sin pensarlo, aferró el atizador de la chimenea y lo alzó por encima de su cabeza, dispuesto a utilizarlo, al tiempo que chillaba:

—¡Quieto, o te abriré la cabeza!

Max Kelly pareció mirarle por vez primera, Joe desencajado y en desorden sus ropas y cabellos, manteniendo en alto el pesado atizador de hierro parecía un feroz vengador. El director le examinó lentamente y luego susurró:

—¿Qué... qué ha pasado, Joe?

Wilman dejó el atizador junto a la chimenea y se frotó el cuello, intentando tragar saliva.

—Tan solo que has querido matarme —se volvió hacia Max—. Tú asesinaste a Frank Taylor, ¿verdad?

Max se incorporó, todavía frotándose la dolorida muñeca, y le miró con gesto de estupor.

—¿Yo? ¡Oh, no, Joe, no puedes pensar eso! Soy incapaz de...

—No puedes hacer protestas de inocencia, Max. He estado a punto de morir asfixiado entre tus manos. A nadie convencerás de

que eres incapaz de matar: yo hubiera sido tu víctima, de no haber tenido tanta suerte...

Kelly se desplomó en una butaca y se cubrió la cara con las manos. Luego, sollozó:

—¿Qué he hecho, Dios mío?

Wilman le miró un momento y luego se sirvió un whisky. Tenía el cuello agarrotado, con un intenso dolor bajo la nuca y en la glotis. El hecho de beber reanudó su dolor, y un estremecimiento recorrió su cuerpo al pensar que nunca como entonces había estado tan cerca de la muerte.

—No sé lo qué ha pasado, Joe. Te juro que no lo sé. Interrogué a Lorene porque tus palabras me habían parecido sospechosas, y acabó confesándomelo... Te maldijo por haberla delatado y entonces creo que me enfurecí. Luego vine por ti.

Joe se alarmó:

—¿Qué has hecho con Lorene?

Sin esperar respuesta, corrió a la puerta y salió. Entró en la habitación de los Kelly sin llamar siquiera.

Tendida en un sofá, con un paño humedecido sobre el rostro, encontró a Lorene. Ella creyó que se trataba de Max, porque dijo con odio:

—¡Márchate! ¡Vete de mi lado o tendrás peor final que Frank Taylor!

Joe levantó un pico del paño y ella le vio.

—¡Usted!

Se incorporó bruscamente y el paño se deslizó por completo. Las huellas de la mano de Max estaban allí, en el pómulos inflamado y en el ojo violáceo.

Cerca de la encendida chimenea, Lorene debía tener calor porque se cubría solamente con un suave salto de cama en seda rosa, que resultaba demasiado atrevido aún para la intimidad del hogar.

—¿Qué busca aquí? ¿Deseaba divertirse viendo cómo me ha puesto ese cerdo?

—¿Por qué ha de pensar siempre lo peor de los demás?

—Nadie me ha dado motivos para rectificar mis opiniones. Ha ido usted con el cuento como una alcahueta...

—Se equivoca. Max no es tonto. Se lo advertí a Eddie Allen, pero

ustedes no han hecho caso.

—Lárguese. No quiero conversación.

Joe se quitó de un manotazo la corbata.

—Vea esto: Max ha estado a punto de asesinarme por usted.

La hermosa mujer lanzó una carcajada.

—Lástima que no pudiera llevar a cabo su obra, al menos me hubiera librado de él.

Joe sacudió la cabeza.

—Realmente, merece algo más que esas moraduras.

Tembló ella.

—¡Salga inmediatamente de aquí o gritaré!

—¿Y quién vendrá? ¿Eddie, tal vez? ¿Quién de los dos liquidó a Taylor? ¿Él o... usted? ¿O quizá lo idearon entre ambos?

Lorene pareció afectada por aquellas acusadoras palabras.

—¿Por qué piensa...?

Se interrumpió y Wilman sonrió cruelmente.

—Continúe. ¿Acaso no tenían motivos ninguno de ustedes dos? ¿Cuánto dinero le exigía Frank Taylor por no mostrar aquellas cartas?

—¡No sabe lo que está hablando!

—Por el contrario, acierto plenamente. Eddie Allen es ahora su caballero andante, ¿no? ¿La ha librado él del chantaje?

Desde la puerta, la voz de Allen, agitada y levemente aguda, a causa del nerviosismo, le llegó amenazadoramente:

—¡Salga inmediatamente de aquí o le volaré la cabeza!

Se volvió el muchacho para tropezar con la mirada siniestra de una pistola firmemente empuñada por el actor.

No cabía duda respecto a su decidido propósito de utilizarla, si no era obedecido.

—No voy a consentirle que siga acusándonos. No le importa para nada nuestra vida. Si vuelve a meterse en nuestros asuntos... lo lamentaré. ¡Recuérdelo bien!

Joe miró a uno y a otro, y luego se encogió de hombros.

—No hubiera creído hace unas horas que el drama surgiría tan pronto. Este equipo de cine, al parecer, está envenenado por pasiones inconfesables. ¡Y yo que llegué a pensar que todos éramos personas honorables!

—Ya ha hablado demasiado. Por última vez, márchese.

Al pasar ante Allen, el muchacho preguntó:

—¿No teme que Max pueda encontrarlo aquí?

Luego salió, recordando las sarcásticas palabras de Frank Taylor cuando afirmó que el ambiente impulsaba las reacciones humanas. Aquel siniestro Morven Castle había sacado a flote la maldad que anidaba en cada uno de los miembros del equipo de cine...

CAPÍTULO IX

UN breve rayo de luz rasgó las tinieblas del despacho de Keith Largs. Este vaciló antes de cerrar la puerta.

—¿Es usted?

Parecía inquieto e indignado. Cuidadosamente encajó la hoja y pasó un pestillo. El despacho parecía poblado de fantasmas. En la oscuridad casi total se percibía la existencia de algo opresivo y amenazador. Quizá era una impresión producida por los animales disecados o por el misterio de aquella mancha luminosa sobre el escritorio. Quien había accionado la lámpara estaba detrás de esta, en pie, sin que se advirtiera ni siquiera la forma de su ropa.

Keith Largs preguntó:

—¿Por qué ha tardado tanto en verme? ¡Es una locura lo que ha hecho! Esto se llenará de policías muy pronto, y todo se vendrá abajo.

Su interlocutor no se movió.

—Sé muy bien lo que me interesa.

—¡Pero si viene la policía, comprobarán...!

—Ellos no sabrán nunca nada.

—Usted me prometió que me ayudaría, y lo que ha hecho ha sido complicarlo todo. Solo necesitábamos echar a toda esa gente de aquí, y después de lo ocurrido, tenemos que impedir que se vayan, precisamente, porque contarían lo sucedido.

—De mí no sospecharán.

—¡Pero sí de mí! —gritó Keith Largs, furioso, avanzando al encuentro de la persona situada tras la lámpara.

—Lo tengo todo previsto —aclaró la voz—. Mi plan es perfecto. Ya se vio que ellos no se asustaban, como usted pensaba, y que no corrían al escuchar esas historias truculentas ni tampoco al sufrir ninguna broma macabra. Por eso ideé este otro plan. Esto se llenará

de policías, de acuerdo, pero en la confusión, yo conseguiré mis propósitos.

—Solo ha pensado en usted —acusó Keith Largs, rencoroso—. Pero, ¿y yo? ¿Ha pensado en lo que será de mí en cuanto llegue el primer policía de Aboyne? ¿Ha pensado que si caigo yo, le arrastraré a usted conmigo?

La carcajada resultó escalofriante.

—Sigue siendo un tonto sin imaginación. ¿Para qué me sirve usted ya, quiere decírmelo?

La súbita aparición del cañón de una pistola heló la sangre en las venas del dueño del castillo.

—¿Qué va a hacer? ¡No...! ¡Le prometo...!

¡Bang!

El disparo segó el grito de Keith Largs. Este se estremeció como si hubiera sufrido la descarga de una corriente eléctrica. Lentamente, se llevó las manos al pecho y luego quiso decir algo. Sus labios se entreabrieron, al tiempo que daba un paso. Luego la sangre resbaló de sus labios y de pronto se desplomó de bruces.

Unas manos enguantadas accionaron la pistola y una cápsula vacía brilló por un momento en la palma del negro guante. Luego, manos y pistola desaparecieron, y un instante después la luz se extinguió.

* * *

Estaba siendo aquella una noche excesivamente agitada. De nuevo, Joe fue al teléfono por si lo que consideraba un corte era una avería accidental, ajena a Morven Castle, pero al descolgar el auricular comprobó sin lugar a dudas que la línea estaba cortada.

Salió de la biblioteca y decidió aguardar el regreso de Findon. Sin duda no estaría de vuelta antes del amanecer, y desde luego, le acompañaría la policía. Solo entonces terminaría aquella pesadilla.

Iba a cerrar la puerta cuando vio al fondo del pasillo la familiar figura de Findon, que se deslizaba furtivamente.

Se pegó al quicio y aguardó. No era posible que el mayordomo hubiera hecho el viaje de ida y vuelta en menos de dos horas.

Una señal de alarma funcionó en su cerebro. ¿No habría estado buscando al asesino en el lugar indebido? La presencia de Findon parecía darle la razón.

El mayordomo desapareció por una escalera que daba a los sótanos, y Joe pensó seguirle, pero desistió de la idea porque antes quería comprobar si efectivamente había ido a Aboyne, como le había ordenado.

Para ello se dirigió a las cocheras. Encendió la luz al entrar y miró los tres coches allí alineados y que aquella mañana les habían traído hasta Morven Castle. Los tres relucían bajo la luz, y en su inmovilidad daban señal de potencia.

Examinó el suelo. Había un doble surco húmedo en el suelo de losas desde la puerta al coche azul que él había conducido aquella mañana. Los neumáticos de este presentaban también señales de humedad y barro, por lo que no era difícil deducir que acababa de ser utilizado.

Se asomó al interior y vio también barro sobre la esterilla. Al parecer, Findon había utilizado aquel coche, aunque no acababa de comprender cómo había regresado tan pronto y... sin policías.

¡Clac!

Un bote chocó sonoramente contra las losas del suelo. Joe se volvió rápido como una centella, advirtiendo un peligro muy próximo, pero apenas había iniciado el movimiento cuando la luz se apagó.

Todos los músculos de su cuerpo se atirantaron. Muy cerca de él estaba el asesino, un ser implacable y cruel que ponía en práctica las más horribles firmas de asesinato.

Un jadeo suave llegó hasta sus oídos aguzados.

Inclinado, se deslizó suavemente del lugar que ocupaba hasta entonces. Ni un solo rumor delató su movimiento, y de nuevo le pareció percibir el suave deslizarse de unos pies.

¡Boom!

Una pesada maza golpeó la carrocería del coche azul, precisamente en el lugar que hasta un segundo antes ocupaba él. Si no hubiera tenido la precaución de retirarse habría recibido de lleno aquel terrible golpe.

Oyó una maldición y luego silencio. El asesino continuaba buscándole. Si tenía alguna cualidad, no era la cobardía.

Joe giró alrededor del coche, poniendo en sus movimientos tanto cuidado que los músculos de la nuca le dolían intensamente.

De pronto, una voz hueca, visiblemente desfigurada, llegó hasta

él tétricamente:

—No vale la pena que se esconda, Wilman... Le encontraré igual. Puedo verle en la oscuridad....

El muchacho se inmovilizó. Parecía muy segura aquella voz rota, y un escalofrío recorrió su espina dorsal. El asesino podía disponer de una lámpara de rayos ultravioleta y unos lentes especiales. Si era así, él estaba condenado a morir.

Buscó afanoso a su alrededor, tratando de que sus ojos percibieran los invisibles rayos ultravioleta, aunque sabía perfectamente que no lo conseguiría.

Volvió a moverse, esforzándose en no perder la orientación. Necesitaba llegar a la puerta y encender la luz para que el asesino y él se encontraran en igualdad de condiciones.

Se distrajo un segundo y eso estuvo a punto de perderle. Oyó el resuello del desconocido y se arrojó al suelo instintivamente. El mazo volvió a golpear la carrocería, y Joe, desde el suelo, saltó al encuentro del asesino, ciegamente.

Tropezó con sus piernas y las apesó. Le animaba una furia desesperada, una enloquecida decisión por ganar la acción a su desconocido agresor y desarmarle antes de que pudiera cumplir sus horribles designios.

Luchó ferozmente. Le golpeó hasta sentir aullar de dolor a su enemigo. La lámpara de cuarzo se destrozó al caer al suelo, y un puñetazo propinado al azar clavó los lentes en la frente de su agresor.

Este le golpeó con brazos y piernas, enloquecido. La maza aún cayó sobre Joe, inutilizándole un hombro, lo que le obligó a ceder en su ataque. El asesino, momentáneamente libre, gateó y en un instante desapareció.

Apoyado en el coche, Wilman se incorporó lentamente, sintiendo que mil agujas de acero le torturaban el hombro. Se lo palpó cuidadosamente y comprobó que no había fractura, aunque quizá sería necesario un examen médico para comprobar que no había lesión.

Tenía el rostro empapado en sudor, y sabor de sangre en los labios. Tanteando el camino, se dirigió a la entrada de la cochera y por fin encontró el interruptor de la luz.

Cuando esta iluminó de nuevo la amplia nave, se sintió más

seguro. La oscuridad había sido el mejor aliado de su enemigo, y muy poco faltó para que este le eliminara por completo.

Volvió al escenario de la lucha y encontró la lámpara de cuarzo que emitía los invisibles rayos ultravioleta, solo perceptibles con unos lentes adecuados. El coche había sufrido los impactos de la pesada maza que también había abandonado el agresor en su huida. Aquel ataque solo se justificaba pensando que el asesino había tratado de impedir que él viese algo comprometedor.

Miró en torno, buscando algo significativo, y luego abrió la portezuela del coche que había utilizado Findon.

Lo encontró al instante.

El factor comprometedor estaba en el cuentamillas. La cifra se diferenciaba muy poco de la que había dejado él aquella mañana cuando llegaron a Morven Castle. Esto solo podía significar una cosa: Findon no había ido a Aboyne ni había pedido la ayuda a la policía, por supuesto.

La sensación de hallarse al borde de un precipicio le contuvo, estremecido, dominándole el vértigo. Findon era, pues, el culpable.

Rápidamente tomó una resolución, y quitó la llave del encendido del coche, e hizo lo propio con las otras dos. Sin ellas, no funcionarían los motores, y esto impediría que nadie se marchara de Morven Castle.

Sujetándose el hombro magullado, Joe Wilman abandonó la cochera del castillo.

CAPÍTULO X

FINDON maniobraba en la cerradura del despacho de Keith Largs, tratando de abrirla. Joe vio las espaldas del mayordomo, y decidió descubrirle de una vez.

—¿Le ayudo, Findon?

El mayordomo se irguió rápidamente y volvióse con evidente disgusto.

—Me pareció oír algo anormal aquí dentro, señor.

Wilman se aproximó, aunque no demasiado, y examinó atentamente el rostro del mayordomo, en busca de las huellas de sus puños. Findon aparecía correcto y frío, como siempre.

—¿Bien, Findon? Regresó muy pronto.

—Cumplí sus órdenes, señor, y no me entretuve.

—Está bien. ¿No cree que debería haberme dado cuenta de su gestión nada más llegar?

—Pensé que estaba usted acostado, señor, al igual que los demás invitados, y no me atreví a molestarle.

—¿Qué coche utilizó?

—El azul, señor.

—El mío. Continúe. ¿Habló con el inspector de policía?

—Sí, señor.

—¿Y no ha venido con usted?

—Dijo que aguardaría a que regresara alguno de sus agentes para mandarlos aquí. Verá, tengo la impresión de que no creyó mucho en mis palabras.

Wilman se acarició el hombro magullado, y trató de mover el brazo, pero el dolor aumentó y eso le encolerizó.

—Todo muy bien, Findon —mordió las palabras—. Y ahora, ¿por qué no me dice la verdad?

Su gesto era amenazador. El mayordomo parpadeó.

—¿Qué supone, señor?

—Ya está bien, Findon. Usted no ha ido a Aboyne porque el cuentamillas de mi coche señala apenas una diferencia de dos millas en relación con la cifra que dejé esta mañana. Eso me hace suponer que sacó el coche de Morven Castle, que lo dejó en algún lugar de las cercanías donde había barro, según las señales de los neumáticos, y las manchas que ha dejado usted en la esterilla, y que regresó al castillo sin avisar a la policía. ¿Por qué?

—Temo que se trata de un error...

Joe masculló una maldición.

—¡Ya me he cansado de mentiras, Findon! ¡Yo le diré por qué hizo todo eso! Simplemente porque usted mató a Frank Taylor.

El mayordomo vaciló todavía y súbitamente su aspecto cambió. Dejó de ser el envarado y correcto mayordomo para mostrar su verdadera personalidad. Tenía una sonrisa sutil cuando dijo:

—Es usted muy inteligente, señor Wilman. Es el único que ha comprendido que yo no soy un mayordomo.

—Vaya, no lo niega.

—No; me ha descubierto,

—Así, confiesa su culpabilidad...

Findon negó suavemente:

—Ha cometido, sin embargo, un pequeño error. No soy el asesino, sino... —llevó su mano al bolsillo y cuando Joe retrocedió, esperando ver aparecer una pistola, el falso mayordomo le mostró una placa en el hueco de su mano—, el inspector Findon, de Scotland Yard.

—¿Policía? —balbuceó Wilman, en el colmo de su asombro.

—Sí. Vea mis credenciales.

Las mostró a Wilman, que asintió, todavía peralejo.

—Me ha chasqueado, inspector. Pero, ¿qué hace Scotland Yard en Morven Castle, antes de que se cometiera el crimen?

Findon miró a su alrededor para comprobar que nadie les escuchaba y confió:

—El crimen ya se había cometido cuando ustedes vinieron. La víctima era Keith Largs, el dueño de Morven Castle. Fue asesinado en el continente, y su cuerpo apareció en la playa de Calais, a pesar de que habían lastrado su cuerpo para que se hundiera en el mar. Sin duda se desprendió del lastre, y la marea le condujo a la playa.

Esto perderá a su asesino. Fue rápidamente identificado, y fui encargado del caso.

Wilman señaló la puerta del despacho.

—Entonces, el Keith Largs que conocemos...

—Su verdadera identidad es la de Merrick, el anterior mayordomo.

—¿Merrick? ¿No me dijo usted que había sido despedido, junto con el resto del servicio?

—Cierto. Fue él quien despidió a sus compañeros, y luego acompañó a su amo al continente. Allí le mató. Luego, fingiéndose Keith Largs, solicitó criados a una agencia y regresó a Morven Castle.

—¿Qué motivo tenía para hacer una cosa así?

—Lo ignoramos. Por eso no le he detenido todavía; tengo que probar su culpabilidad.

Joe quedó caviloso.

—Es extraño. No podía fingir por mucho tiempo ser el verdadero Keith Largs. Los habitantes de esta región deben conocer al auténtico señor Largs.

—Mi teoría es que volvió para recoger el fruto de su crimen, algo de gran valor, si consideramos los riesgos.

—¿Qué puede ser?

—Lo ignoro; pero mi experiencia me dice que debe tratarse de algo que no podía tomar, estando su amo con vida.

—Un botín muy valioso, pues ha costado dos vidas. ¿Por qué mataría a Frank Taylor?

—¿No era él jefe de producción de la película de ustedes?

—Sí.

—Fue él quien contrató con el verdadero señor Largs la utilización de Morven Castle como escenario, ¿no?

—Cierto.

—En ese caso, tengo la clave: Frank Taylor se dio cuenta de la superchería de Merrick, y le dio a conocer que estaba en el secreto. Eso le perdió.

Joe se estremeció.

—Ahora recuerdo que en nuestra primera entrevista con el falso Keith Largs, este mostró extrañeza por nuestra visita, a pesar de que estaba firmado un contrato. Se justificó diciendo que su secretario,

un tal Malcolm, quizá habría concertado aquel acuerdo y cobrado el cheque enviado por nosotros, huyendo después.

Findon negó:

—Jamás ha existido ese tal Malcolm, salvo en la imaginación de Merrick. Sencillamente, él no estaba al tanto de los compromisos de su amo.

Wilman se tiró del lóbulo de la oreja, recordando los hechos ocurridos en las últimas veinticuatro horas.

—Taylor pareció, no obstante, admitir como buena aquella explicación y aprovechó luego nuestra ausencia para estar a solas con el falso Keith Largs. Cuando volvimos, ambos parecían de acuerdo...

—¿Y qué supone usted?

—Por lo que he sabido recientemente de Frank Taylor, acostumbraba a practicar el chantaje. Al tener en sus manos una oportunidad tan extraordinaria, no dudó en aprovecharse. Debió revelarle a Merrick que él estaba al corriente de lo sucedido y que no le delataría a cambio de determinada cantidad.

Findon asintió.

—Y luego tuvo lugar el ajuste de cuentas entre compinches de la misma calaña. Es característico de esta gente. Bien, señor Wilman, creo que el caso está suficientemente claro. ¿Quiere ayudarme en las últimas diligencias?

—Por supuesto. ¿Qué debo hacer?

—Primero entraremos en este despacho y revisaremos los papeles que hallaremos. Luego, apresaremos a Merrick antes de que pueda escapar.

Sacó el inspector Findon un manojo de ganzúas, y con ellos trasteó en la cerradura, hasta que por fin se abrió.

La puerta giró sobre sus goznes silenciosamente, y ambos hombres quedaron en el quicio, contemplando la masa de negrura que tenían ante sí.

—Ese olor... —murmuró el falso mayordomo—. Parece pólvora. Alzó la mano y pulsó el interruptor de la luz.

El vasto y siniestro despacho se iluminó, y los dos vieron a un tiempo la figura caída en el suelo, trágicamente retorcida.

—¡Por vida de...! —exclamó el policía, corriendo en aquella dirección—. ¡Pero si es... Merrick!

Wilman vio la mueca de horror que la muerte había impreso en las facciones del falso Keith Largs, y la sangre que empapaba su blanca camisa.

—Está muerto... asesinado... —jadeó el inspector Findon, al ver que no había arma a la vista, con la que Merrick pudiera haberse suicidado.

Luego, volvió sus ojos hacia el muchacho.

CAPÍTULO XI

—**P**ERO... esto tira por tierra toda su teoría, inspector.

Findon se secó la frente con un pañuelo.

—¡Merrick... asesinado! —jadeó—. Todo se complica. ¿Por qué me habré retrasado tanto?

Joe miró a su alrededor. Por la posición del cadáver, casi podía deducir la de su asesino. Este debía de estar junto a la mesa, quizá tras la lámpara, cuando hizo fuego.

No había rastro de arma ni nada que permitiera conocer algún indicio de su personalidad. Sin embargo, la muerte del falso Keith Largs solo permitía una deducción: el asesino pertenecía al equipo de cine.

Findon estaba entretenido buscando indicios, por lo que Wilman pudo dedicarse a sus reflexiones. Aquello podía haberlo hecho cualquiera de ellos, incluso una mujer. ¿Lorene, quizá? Pero ¿por qué ella? Había pensado en la esposa de Kelly solo porque ella necesitaba librarse del chantaje de Frank Taylor, y no cabía duda de que ambos crímenes los había cometido la misma persona.

El policía pareció haber llegado a la misma conclusión.

—No es posible creer que haya dos asesinos bajo el mismo techo y en un mismo día; por tanto, el que mató a Frank Taylor hizo esto mismo... Vamos a ver lo que quedó de Taylor. ¿Sigue teniendo la llave Max Kelly? —preguntó, incorporándose.

—Imagino que sí.

Unos minutos después estaban ante un Max Kelly soñoliento, que se anudaba el cinturón de la bata de seda.

—¿La llave? Oh, pero... ¿Es que no piensas dormir nunca, Joe? ¿Qué tratas de hacer ahora? No te metas en más líos y deja que la policía haga el trabajo...

Findon pidió firmemente:

—La llave, señor Kelly.

Su tono de voz no correspondía al de un mayordomo. El director de cine frunció el entrecejo.

—Es en realidad el inspector Findon, Max; de Scotland Yard.

Kelly se humedeció los labios y luego entró en el dormitorio para salir casi al instante con la llave en la mano.

—Había oído hablar muy bien de Scotland Yard, pero esto supera todo lo previsible; aquí, por lo visto, la policía está en el lugar del crimen antes de que este se cometa.

Findon no dijo nada, y seguido por Joe, abrió la puerta de la habitación correspondiente al difunto Frank Taylor.

La cruzaron y el policía franqueó la entrada del cuarto de baño.

—Pero...

Quedó clavado en el umbral, asombrado. Joe echó un vistazo por encima de su hombro.

—¿Qué es esto?

La bañera estaba vacía y de los restos de Taylor no quedaba ni señal.

—¿Quién lo ha tocado? —rugió Findon, verdaderamente enfadado por vez primera.

—Lo ignoro, inspector.

—¡Maldita sea! Alguien se acordará de esta noche. ¡Ponga a todos en pie, y que se reúnan en la biblioteca!

Salió furioso y Joe cerró la puerta. Luego se puso a cumplir las órdenes del policía.

No fue fácil ni agradable sacar a todos los miembros del equipo de la cama, y hacerlos acudir a la biblioteca, pero Wilman se las arregló para que le obedeciesen. Entre protestas, reniegos y maldiciones, fue llamando a las distintas puertas. La última fue la de Doris. Marion le franqueó la entrada y parpadeando murmuró:

—¿Qué ocurre ahora, Joe? —se cerró mejor la bata y tembló—. ¡Es horrible el frío que hace en este caserón!

—La policía ha dado orden de que nos reunamos todos en la biblioteca, de modo que acude cuanto antes.

Marion parpadeó.

—¿La policía? ¿Ya han llegado?

—Son rápidos, ¿eh? Date prisa. Al inspector no le gustará esperar.

La estrella no se había desvestido, de modo que solo tuvo que ponerse un chaquetón de ante y arreglarse el pelo.

—¿Y Doris?

Esta se había despertado, y al oír las voces se incorporó.

—¿Qué sucede? —preguntó.

Joe se aproximó al lecho.

—Yo me ocuparé de ella, Marion. Ve tú.

Cuando quedaron solos, Wilman sonrió a Doris.

—Tienes buen aspecto.

—He dormido todo el rato, y me encuentro muy bien. Si me aguardas fuera, yo también me vestiré.

—No es preciso que lo hagas, querida. Yo te excusaré ante el inspector.

—No creo que sirva de nada tu influencia en este caso, y yo me sentiré más segura.

Joe se sentó junto a la muchacha. Esta se apelotonó bajo las mantas y parpadeó.

—No hemos podido estar solos ni un momento desde que llegamos a Morven Castle, querida, y yo...

Se inclinó sobre el rostro femenino y la besó. Doris no se resistió, pero Wilman percibió el leve estremecimiento que agitó el largo cuerpo femenino. Los ojos verdes expresaron por un instante un temor y un recelo que él no deseaba provocar.

—¿Por qué te burlas de mis sentimientos, Doris?

—Te ruego que me dejes sola, Joe. Te dije que me sentiría más segura.

—¿Tienes miedo de mí?

—No pienso que seas el asesino de Taylor, pero te crees irresistible y piensas que todas las mujeres del mundo serían dichosas si tú la besaras.

El muchacho se retiró levemente.

—¿Cómo sabes lo de Frank?

—Marion me lo dijo. Le costó hacerlo, pero al fin lo confesó.

—Sí; las mujeres sabéis guardar muy bien los secretos...

—No te enfades. Ya ves que no me ha inmutado saberlo.

—No estoy enfadado, al menos por ese motivo. ¿Cuándo vas a mantener conmigo una conversación seria, Doris?

Ella le sonrió.

—Ya sabes cuál es mi respuesta: no.

—¿Por qué?

—Yo entiendo el amor de una forma muy diferente, Joe. Para mí es algo perdurable y definitivo, algo sólido e importante. Para ti no es más que placer y aventura: desde tu punto de vista, es correcta tu actitud siempre que cuentes con tantas mujeres ansiosas por colaborar en ese aspecto.

Suspiró Joe.

—No hay romanticismo en tus palabras, Doris. Hablas como si fuera un negocio.

—Te equivocas una vez más, Joe. Lo que ocurre es que trato de hacerte comprender algo, y para ello utilizo tu mismo cínico lenguaje.

El muchacho se incorporó, herido en su amor propio.

—Nunca he sido para ti eso que piensas. Pero quizá me he equivocado de mujer, como dices.

Le volvió la espalda y salió. Estaba encolerizado y sus nervios no andaban muy firmes, a causa de la tensión sufrida desde que aquella mañana llegaron a Morven Castle. Además, el hombro seguía doliéndole y un desasosiego creciente le invadía, debido a la certidumbre de que alguno de sus compañeros era un asesino.

Los miembros del equipo salían de sus habitaciones para dirigirse a la biblioteca, y Joe fue con ellos. Findon les aguardaba, y su gesto era duro. Fue Wilman quien tuvo que explicarles la verdadera personalidad del que hasta entonces creían mayordomo.

Este empezó con los careos de los distintos testigos a fin de hallar justificación a todos sus movimientos.

—Alguno de ustedes está mintiendo —acusó Findon, examinando uno a uno sus rostros.

Joe hizo lo propio. Había algo en su mente que parecía rechazar aquella labor rutinaria. Tenía la clara sensación de que el asesino estaba resultando demasiado listo y audaz, y que frente a sus rápidos movimientos no podía oponerse una lenta rutina, casi burocrática.

De pronto se envaró. Aquello que permanecía dormido en su cerebro afloró por fin. Recordó su pelea con el desconocido en la cochera del castillo. Una pelea sostenida cuerpo a cuerpo con el asesino, y que le había permitido advertir algo revelador.

Se deslizó hacia la puerta, esperando que nadie lo advirtiera, pero Findon le llamó cuando ponía la mano en el tirador.

—¡Eh, usted! ¿A dónde va?

Wilman carraspeó.

—He... comprobado que Doris Simpson no ha venido todavía, y voy a buscarla.

Findon le miró intensamente.

—No se aleje, señor Wilman; no está usted exento de sospechas; téngalo presente.

Salió de allí y corrió a la habitación del difunto Frank Taylor; nunca como entonces miraba aquel caso desde el ángulo que mentalmente ocupaba ahora.

Abrió la puerta, e iba a cerrar cuando vio a Doris que se acercaba por el pasillo.

Ella se le aproximó con pasos ágiles. Sus largas piernas, enfundadas en los negros pantalones, ofrecían un atractivo torneado que adquiriría mayor rotundidad en las caderas. El jersey grueso, de cuello vuelto y alto, le daba un aire deportivo, y Joe pensó que aquel atuendo era propio de las pistas de esquí, tan visitadas por Doris.

—¿Qué buscas ahí, Joe?

—Algo que puede aclarar el misterio. La policía te aguarda en la biblioteca; no les hagas esperar. Si tardo en regresar, dile al inspector que entré en la habitación de Taylor.

La muchacha se aproximó a él.

—¿Crees que corres peligro haciéndolo?

—Al asesino puede no gustarle.

Doris se estremeció, pero no huyó, como Joe esperaba. Las manos femeninas se posaron en el pecho masculino, entretenidas en abrochar un botón.

—Ten cuidado, Joe.

—¿Qué puede importarte? —era amarga su mueca.

Los verdes ojos femeninos se alzaron hacia él, y Wilman se sintió envuelto en una cálida ola de ternura.

—Creo... que antes no fui sincera en mis palabras, Joe —susurró ella, por entre sus golosos labios—. Fui demasiado cruel deliberadamente.

—¿Por qué?

—Tenía miedo de ti y... de mí. Los dos solos, en mi habitación... sin ninguna barrera entre tú y yo... —se abrazó de pronto. Los labios alcanzaron su boca, y Joe sintió que su resentimiento se deshacía al contacto de aquel calor—. No soy frívola, Joe. Cuando ceda al amor será de una forma definitiva. Quiero que mi primera aventura sea también la última; una aventura nacida en el seno de un hogar digno. Quizá sea anticuada, pero quiero que tengas eso bien presente...

La tomó de la cintura y supo que el destino les había unido definitivamente. Doris era suya a partir de aquel instante.

—Vete a la biblioteca y no te expongas a ningún peligro.

Ella negó.

—Iré contigo.

—Pero...

Doris le empujó dentro de la habitación y cerró la puerta.

Joe la tomó de la mano. Estaba caliente y no temblaba. Encendieron la luz y el muchacho miró en torno. La ropa y la maleta de Frank Taylor estaban como él las había dejado antes de encontrar su terrible final. Nada parecía anormal. Resultaba incluso difícil imaginarse que detrás de aquella puerta del fondo habían encontrado horas antes un espectáculo tan alucinante.

—¿Y el cadáver? ¿Lo ha retirado la policía...?

—Ha desaparecido.

Joe percibió el estremecimiento femenino.

—Debe haber alguna razón muy poderosa para que lo hayan hecho desaparecer... y esa razón es lo que yo deseo encontrar.

Empujó la puerta del baño. Instintivamente, Doris se pegó a él, buscando protección. Aún en el último instante, Wilman creyó que iba a encontrar en la bañera el esqueleto de Taylor, pero solo quedaba junto al desagüe un residuo viscoso.

—¿Estaba aquí? —preguntó Doris a su espalda.

No respondió. Estaba demasiado ocupado con sus pensamientos. El cuarto de baño era amplio, pero carecía de ventanas; sin embargo, disponía de un aparato renovador de aire empotrado en el techo, por el cual no era posible que nadie hubiera huido.

La clave del misterio tenía que estar allí, entre aquellas cuatro paredes.

Tras él, Doris susurró, como respondiéndose a sí misma:

—Oh, sí, aquí hay sangre...

Se volvió Joe. La muchacha señalaba el lavabo donde quedaban unas pocas gotas de sangre aguada. Las cejas de Joe se arquearon. En la muerte de Frank Taylor no había habido derramamiento de sangre, y, sin embargo, allí quedaba una señal bien clara. Por un momento, se detuvo a pensar en aquello, seguro de que tenía un significado definitivo.

En el armario del botiquín encontró el paquete de algodón precipitadamente abierto y el frasco del alcohol sin cerrar. Alguien los había utilizado con mucha prisa. La confirmación de aquella idea la halló en el fondo del *closet*, donde flotaban unos algodones empapados en sangre.

Estaba claro. Recordó la pelea que sostuvo en las cocheras de Morven Castle con el asesino, y el puñetazo que le propinó en la frente. Los lentes ultravioletas habían saltado hechos añicos, y los cristales tenían que haber lesionado la frente de su poseedor.

¡Aquello era lo que había estado hurgándole el cerebro desde hacía varias horas!

Salió del cuarto de baño rápidamente, seguido por Doris. En el amplio dormitorio se detuvo, mirando en todas las direcciones. El asesino había pasado por allí, quizá hacía muy poco, y no resultaba lógico pensar que había cargado con el esqueleto y lo había sacado de la habitación por la puerta que daba al corredor.

Miró la puerta, y luego cada uno de los muros. Luego, abrió los armarios, miró debajo de la cama y examinó todos los lugares donde podría esconderse un esqueleto, sin resultado. Doris preguntó:

—¿Qué buscas?

—Un lugar donde pueda esconderse el cuerpo de un hombre.

—¿Crees que los restos de Frank Taylor continúen aquí?

—No puedo pensar otra cosa. Nadie es capaz de pasearse por los corredores del castillo con un esqueleto a la espalda.

La muchacha abrió mucho los ojos.

—¿Un esqueleto?

Joe se dio cuenta entonces de que Doris era la única persona que ignoraba cómo había muerto Taylor.

Notó la creciente palidez de sus mejillas, y la tomó del brazo.

—Lo sumergieron en un baño de ácido sulfúrico y...

Doris se desplomó de pronto, y Joe solo tuvo tiempo para tomarla en sus brazos antes de que cayera al suelo.

—Vamos, nena, es imposible que te desmayes ahora... ¡Tengo mucha prisa!

Le dio unas palmadas en las mejillas y luego le mojó las sienes. Doris parpadeó y sus ojos extraviados buscaron los del joven.

—Lo... siento...

—¿Te encuentras capaz de ir sola hasta la biblioteca? Yo no puedo acompañarte porque el inspector me impediría volver, y debo investigar esto.

La muchacha se aferró a él.

—¡No me dejes!

—Pero debes ser razonable: hay demasiadas cosas desagradables en torno a esto, y tú no puedes soportarlas.

—¡Te prometo que me portaré bien! Contigo... estoy más segura.

La besó en los temblorosos labios y sonrió.

—De acuerdo.

La dejó reposar todavía y continuó la búsqueda en el amplio dormitorio. Registró los efectos personales de Taylor, deseando hallar alguna pista y luego examinó el suelo, palmo a palmo.

Tuvo suerte. O quizá buscaba aquello que encontró. Todo su cuerpo se atirantó, y por un momento comprendió la excitación de los perros ante el rastro de la caza.

Había una huella húmeda en el suelo, junto a la pared. Una huella cuya punta se dirigía al muro, como si el que la había marcado pudiera filtrarse a través de las paredes.

Doris se percató de que algo importante acababa de encontrar Joe, porque acudió a su lado.

—¿Qué es eso?

—Creo que estamos muy cerca de la solución. Este viejo castillo debe tener pasadizos, como todos los de su clase; puertas secretas y corredores ocultos entre los muros, aptos para huidas oportunas o para vigilar a los huéspedes.

—¿Piensas que el asesino ha salido por aquí?

—Sí; y eso me hace pensar que debe tratarse de alguien que conozca la red de corredores secretos. No parece probable que ninguno de nosotros esté al tanto del secreto de un castillo

desconocido para todos hasta hace unas horas.

—¿Entonces...?

—Quizá me haya dejado engañar por falsas pistas, sin ver lo que tenía ante mis ojos. Pero creo que aún es tiempo de que rectifique. Aquí hay una puerta —añadió, palpando el muro.

Pasó los dedos por la superficie pétrea, apretando con los dedos fuertemente en los lugares más adecuados, y al fin, una sección del muro giró sobre unos bien engrasados goznes.

Doris retrocedió un paro.

—Oh...

—Esto es como en las películas, Doris, salvo que se trata de la vida real. ¿Sigues dispuesta a acompañarme?

Ella asintió, agarrada a su brazo.

—Un momento. Esto nos servirá.

Cogió una linterna que había visto antes en el fondo de una maleta de Taylor, durante su registro, y encendiéndola penetró decididamente en el pasadizo. Doris fue tras él, y casi al instante el muro se cerró sólidamente tras ellos.

La muchacha exhaló un leve grito.

—Cálmate —pidió él, tratando de mantenerse sereno.

Tocó la pared de nuevo, buscando el resorte que abriera de nuevo la puerta secreta, pero no lo halló: estaban encerrados.

Esta certidumbre, en el lóbrego recinto, cargado de humedad y de fétidos olores, le hizo estremecerse. La muchacha percibió aquel instintivo temor y se apretó más a él,

—No perdamos los nervios, nena.

A la amarillenta luz de la linterna marcó una señal en el muro con el bolígrafo para tener referencia de dónde estaba la puerta. Luego enfocó a ambos lados del corredor.

No se veía nada, pero la atmósfera era irrespirable. Durante siglos se había acumulado entre aquellas paredes un hedor que se hacía insoportable, a medida que lo aspiraban más y más.

—¡Quiero salir de aquí! —pidió Doris, suplicante.

—Lo siento, pero eso no es posible de momento. Esto da la sensación de ser una trampa. Si perdemos la cabeza, no encontraremos jamás una salida; es preciso dominar los nervios y buscar el secreto de este corredor.

Empezaron a caminar lentamente. Sus pasos resonaban en la

prolongada oquedad. Joe había participado en muchas películas de terror, pero aquello era superior a todo cuanto había visto, porque pertenecía a la vida real.

A su lado, la muchacha temblaba y se mordía los labios para no chillar. Uno imaginaba encontrarse allá, de pronto, con esqueletos animados de vida o con fantasmas envueltos en blancos sudarios...

Sacudió la cabeza y rechazó aquellas ideas. El cono de luz lamía los muros por los que rezumaba la humedad. A los pocos minutos, el frío les había penetrado en los huesos y no podían evitar el castañeteo de sus dientes.

Volvieron un recodo y continuaron caminando por aquel estrecho callejón que conducía no sabían dónde.

Algo crujió en sus pies, y Joe enfocó la linterna.

Doris estuvo a punto de gritar, pero el muchacho le cubrió la boca con la mano para ahogar aquel alarido espeluznante.

Porque lo que estaban pisando eran unos huesos humanos.

Unos viejos huesos que se pulverizaban con solo pisarlos.

En un rincón, una calavera parecía maldecirles con su silencio al turbar su reposo de siglos. Las vacías cuencas de los ojos les miraban con siniestra fijeza, como si tratara de hipnotizarlos, al tiempo que lanzaba anatemas contra los profanadores.

—Algún infeliz entró también en este pasadizo... y no supo salir. Solo Dios sabe cuántos años hace de eso.

La hizo seguir adelante, sujetándola por los hombros, y se alejaron rápidamente de allí. Un nuevo recodo encontraron en su camino y lo rodearon.

En aquella ocasión, Doris no pudo contener su grito de horror. Una sombra huesuda se despegó de un hueco del pasadizo y se precipitó sobre la muchacha, que cayó de espaldas. Joe la sujetó con un brazo mientras con el otro golpeaba aquella maraña ósea que parecía tratar de abrazarlos entre sus descarnadas extremidades.

Su puño batió el esqueleto con todas sus fuerzas, y al impacto saltó contra un rincón, donde quedó trágicamente ovillado, pero sin derrumbarse ninguno de sus huesos, como hubiera sido de esperar.

Como si cada una de sus piezas estuvieran sólidamente sujetas con alambres...

—¡Por vida de...!

Se inclinó ante el esqueleto. Era el mismo que habían, encontrado en el cuarto de baño de Frank Taylor, pero carecía de dentadura...

Lo examinó mejor.

De pronto se echó a reír, espantando a Doris, que le miró como si hubiera enloquecido repentinamente.

—¡Qué idiotas hemos sido!

—Cálmate, Joe, por favor...

Wilman continuó riendo. Desdeñoso, zarandeo el esqueleto que tenía a sus pies, dando rienda suelta a la repugnancia y al miedo que la visión de aquellos restos le había producido.

—Fíjate, Doris, qué estúpidos. Nos han engañado como a los espectadores de cualquier película. Mira esto. ¿Qué ves?

Volvió el esqueleto y mostró su dorso. La linterna iluminó un óvalo grabado en la columna vertebral: *Made in Los Angeles*.

—Es uno de los esqueletos de plástico pertenecientes a nuestro equipo de efectos especiales. ¿Cómo no nos daríamos cuenta antes? La impresión que recibimos fue demasiado grande, y eso nos impidió razonar fríamente: no era posible que en tan poco tiempo pudiera devorar ninguna clase de ácido la carne de Frank Taylor, dejándole solamente los huesos. ¡Tuvimos que pensar en eso antes y, sin embargo, nos pasó desapercibido...!

—¿Y tampoco se ha dado cuenta la policía? Ellos están acostumbrados a tratar con ácidos, y podrían haber descubierto la superchería...

Joe apretó la diestra de la muchacha.

—Precisamente un experto en productos químicos apuntó la posibilidad del ácido sulfúrico.

—¿Quién?

—Steve Mathews. Parecía muy seguro. No tuvo necesidad de examinar la bañera detenidamente para dictaminar... ¡Doris, no es posible que...!

La muchacha sujetó los brazos de su acompañante.

—¿Crees que sea Steve el asesino...?

Joe se incorporó y sujetó a la muchacha firmemente.

—Tenemos que encontrarlo antes de que sea demasiado tarde! ¡Aquellos lentes son la clave...!

Echó a correr por el pasadizo, y Doris tuvo que apresurar el paso

también.

—¿De qué hablas, Joe?

¡Bang!

De pronto, en el fondo, estalló un disparo, y una pesada bala de plomo rozó sus cabezas, azotándoles la cara un ramalazo de aire caliente.

Estaban a merced del asesino.

CAPÍTULO XII

EMPUJÓ a Doris al suelo, y él mismo se tumbó también, de un modo instintivo.

—¡No te muevas! —susurró a la muchacha.

Luego prestó atención. No se produjo ningún otro disparo, pero en cambio oyeron unos pasos suaves que se alejaban.

Joe pidió:

—Deberías dejarme solo, Doris. Esto es peligroso.

—¿Quieres que regrese sola? ¿Cómo voy a salir de aquí, sin tu ayuda? Sabes que ni tú mismo encontraste la forma de abrir el pasadizo.

Era una razón convincente. En aquel instante, Wilman se increpó por su osadía. El asesino estaba armado, y conocía aquel dédalo de corredores, mientras él no tenía más que sus puños y una linterna.

Se incorporó y ayudó a Doris. La muchacha se portaba bien, a pesar de la situación.

Retrocedieron hasta llegar al hueco donde el asesino había dejado el esqueleto, y se agazaparon allí. Luego Joe encendió la linterna e iluminó con ella todo el corredor.

No se produjeron nuevos disparos, por lo que dedujo que el asesino había escapado.

—Iremos tras él.

Corrieron por los pasillos, buscando la pista del fugitivo. A Joe le empujaba una ansiedad superior a su sentido de la prudencia, y por eso no se dio cuenta del peligro hasta que lo tuvo encima.

—¡Ni un paso más o dispararé!

La amenaza los paralizó. Una potente linterna, mucho mayor que la que Joe tenía en las manos, les cegó. Tras ella, la voz del asesino, aguda por un nerviosismo histérico, decía:

—Han ido demasiado lejos y van a lamentarlo. ¡Quieto, Wilman!

El muchacho se inmovilizó. Trataba de identificar aquella voz, pero su propia confusión le impedía serenarse lo suficiente para recordar.

—Entréguese; no vale la pena que siga cometiendo crímenes. La policía ya está en Morven Castle.

—¡Eso no es cierto!

—Compruébelo, si duda.

Extrañamente, las palabras de Wilman, sonaban serenas, en contraposición con el agudo nerviosismo del asesino.

—No se moleste en mentir. Corté el teléfono antes de que usted pudiera comunicar.

—Envié a Findon a la ciudad.

—Vigilé a ese ridículo mayordomo, y no salió de las tierras de Morven Castle.

Joe lanzó una carcajada.

—Los de Scotland Yard son listos. Antes de que usted pensara cometer esos delitos, la policía ya vigilaba al falso Keith Largs, cuya verdadera identidad es la de Merrick, anterior mayordomo, por el asesinato de su amo.

—¿De qué está hablando? Si cree que va a engañarme...

—Findon es un inspector de policía, lo crea o no. Quizá se convenza cuando él le haya esposado.

—¡No me cogerán nunca!

—¿No, eh? Yo no estaría tan seguro. El cerco se estrecha y...

—Nadie sabe mi identidad. A ustedes les mataré ahora, y luego huiré en uno de los coches: jamás volverán a saber de mí.

Doris, junto a Joe, trataba de mantenerse serena, sabiendo que de ello dependía que el muchacho pudiera llevar a cabo sus propósitos.

—Hay algo que olvida: no podrá llevarse ninguno de los coches.

—¡Tonterías! Bueno, les daré tiempo para que se besen, si quieren, antes de matarlos...

—Cuando estuve en las cocheras quité las llaves del encendido de los tres coches. Doris, moriremos juntos.

La abrazó. Era una jugada audaz que dio su resultado. Sin embargo, los dos jóvenes creyeron que pasaba una eternidad mientras estaban uno en brazos del otro, tensos y sabedores de que

sus vidas pendían de un hilo.

—¿Qué ha dicho, Wilman?

—Ya lo sabe. Quité las llaves. Jamás podrá huir de Morven Castle.

—Pe... pero... ¡Deme las llaves ahora mismo o le mataré!

Joe lanzó una carcajada.

—Voy a morir igual, de forma que lo haré sabiendo que usted recibirá su merecido.

—¡Maldito sea...!

El asesino masculló unas imprecaciones y su mano tembló, a punto de rociar de balas a los dos jóvenes, pero su razón se impuso.

—Haremos un trato, Wilman. Usted me da esas llaves, y yo les dejaré libres.

—¿Cómo puedo fiarme de usted?

—¡Tendrá que hacerlo o le mataré, y le quitaré las llaves de su cadáver!

—No sea ingenuo. ¿Cree que las tengo aquí? Si me mata no saldrá nunca. Hagamos un trato.

—¿De qué clase?

—Hágame socio suyo.

—¿De qué habla?

—No irá a decirme que no tiene un botín escondido, ¿eh? Usted mató a Merrick para apoderarse de él, ¿verdad?

Vaciló el asesino y luego admitió:

—Sí; un viejo tesoro de los tiempos de Cromwell. El propietario del castillo en aquella época era católico, y antes de que lo asesinaran los puritanos escondió un cofre con joyas y monedas de oro: nadie pudo dar con ese tesoro, a pesar de que se hablaba de él, hasta que Merrick supo dónde se encontraba.

—Por eso asesinó a su amo.

—Le estorbaba para hacer sus pesquisas en los lugares que sospechaba que podía hallarse.

—Y cuando vinimos se le acabó la soledad.

—Sí.

—Y usted descubrió que no era el verdadero Keith Largs.

—Tuvo que darme parte en el negocio.

—Y en cuanto usted supo dónde estaba el tesoro, lo mató. Pero ahora tendrá que repartirlo conmigo, si quiere utilizar alguno de los

coches.

Asintió él.

—Dese prisa: no hay tiempo que perder.

—De acuerdo. Díganos por dónde podemos salir y aguárdenos: volveré con las llaves.

La pistola se movió.

—Doris se quedará conmigo como rehén: así tengo la seguridad de que usted no intentará ninguna sucia jugada.

La linterna les cegaba, y por eso no podían ver el rostro del miserable. Al oír aquellas palabras, la muchacha tembló, asustada por la idea de quedar a solas con el asesino, y dirigió una suplicante mirada a Joe. Este le envió un mudo mensaje de aliento.

—Es una propuesta muy razonable —fingió—. Volveré inmediatamente.

Avanzó hacia el desconocido y por el rabillo del ojo vio que Doris se disponía a arrojarle al suelo, tras haber interpretado su actitud.

Súbitamente, tendió el brazo y arrojó la linterna a su enemigo, zambulléndose al encuentro de sus piernas.

¡Bang!

El disparo le rozó el hombro, pero la linterna alcanzó al asesino en plena cara, haciéndole rugir de dolor. Simultáneamente, Joe se abrazó a sus piernas, y los dos rodaron por el suelo. La linterna que manejaba su rival cayó también, fundiéndose la bombilla, y el pasadizo quedó en tinieblas.

Los dos hombres se golpearon ferozmente en la oscuridad. Les animaba una rabia sobrehumana, un furor que tenía estremecimientos homicidas en el asesino.

Joe estaba en inferioridad de condiciones, a causa de su hombro magullado, pero aun así luchaba por su propia vida y la de Doris, y aquello le daba fuerzas como jamás tuvo.

Los golpes alcanzaban los cuerpos de ambos contendientes, que encajaban el castigo con secos gruñidos. Por fortuna, la pistola había caído de las manos del delincuente, y los dos hombres se enfrentaban solo con la fuerza de sus puños.

Las manos de Wilman apresaron el cuello de su oponente y apretó con toda su energía. Notó los estertores y el jadeo del asesino y las violentas convulsiones de su cuerpo pugnando por escapar a la

terrible presa.

Una de sus rodillas le golpeó desesperadamente, y Joe rodó por el suelo, retorciéndose por el dolor. En la oscuridad, el asesino gateó tratando de huir, pero Joe saltó sobre él, ciegamente, guiado por sus chillidos de miedo.

Se abrazaron de nuevo en una lucha mortal. Los dos hombres habían perdido ya los siglos de civilización que pesaban en su sangre y eran, otra vez, dos seres primitivos, a semejanza de sus antepasados de la Edad de Piedra, que luchaban sin reglas ni ley, buscando tan solo la supervivencia.

Un puñetazo de Joe llegó al punto adecuado con suerte. Los nudillos machacaron la débil mandíbula, y el cuerpo de su enemigo quedó inmóvil, tendido cuan largo era en el frío suelo.

Joe recuperó energías, respirando ruidosamente antes de incorporarse. Doris, a su espalda, preguntó con un hilo de voz:

—¿Estás bien, Joe?

Entrecortadamente, el muchacho asintió:

—Ya... ha pasado... todo.

Se inclinó sobre el cuerpo caído y buscó una caja de fósforos. Rascó uno y acercó la llamita al rostro del asesino.

Doris chilló, incapaz de creer en lo que veía, y a Joe le tembló la mano.

CAPÍTULO XIII

RECOSTADO en un sillón, dejaba que Doris le aplicase paños de vinagre en el rostro hinchado.

—Deberían haberle metido una bala en el cuerpo, señor Wilman —gruñó Findon, todavía colérico—. No sé por qué pensó usted que tenía que encarnar el papel de héroe. Ese es un trabajo para la policía... aunque nadie nos considera jamás galanes de ninguna película.

—Ya le he pedido perdón dos veces, inspector —gruñó Joe—. ¿Espera que lo haga una tercera vez?

Abrió los ojos. Doris estaba pálida, pero le sonreía animosamente. Sus cabellos revueltos le daban un aire maternal, como si fuera una esposa amante que había madrugado para disponer el desayuno del marido.

Ella se retiró para empapar nuevamente el paño en vinagre, y entonces Joe vio el rincón en el que estaba, maniatado e inmóvil, Frank Taylor, mostrando en su rostro las huellas de la pelea sostenida con Wilman.

Findon mordía la boquilla de su pipa.

—¿Cómo se le ocurrió pensar en que todo había sido un truco?

—La desaparición del esqueleto me hizo deducir que él revelaría la identidad del asesino, puesto que este se había tomado la molestia de escamotearlo. Luego, más sereno, pensé que no había ácido capaz de consumir los tejidos humanos en tan escaso espacio de tiempo. Luego, rechacé todo lo que parecía evidente y me dije a mí mismo: “¿Y si todo fuera solo un truco?” Lo demás es fácil.

—¿Lo sabía ya cuando encontramos el cadáver de Merrick?

—No de un modo consciente. Algo bullía dentro de mi cerebro, pero nada más. Luego estaba la calavera que Doris vio al abrir la puerta de aquella habitación y el relieve que se le dio a mi aventura

con el gato. A toda costa se nos quería asustar... y eso quería decir que estorbábamos los planes de alguien.

El inspector miró a Frank Taylor.

—Su ambición le perdió, amigo.

—¡Todo hubiera salido bien, de no ser por ese entrometido...! — chilló, y añadió unas cuantas maldiciones dirigidas a Joe.

Este se incorporó del sillón y paseó por la estancia.

Se detuvo ante un cofre de pequeño tamaño. Estaba herrumbroso, pero al abrirlo le deslumbró el brillo de las piedras preciosas. Había allí joyas y piezas de oro que valdrían una fortuna.

—Un tesoro siniestro, como todos. Fue usted demasiado audaz, Taylor. Jugó con el esqueleto, seguro de que nos impresionaríamos y ello nos impediría ver su falsedad. Luego, el ácido sulfúrico redondeó el truco. En cierto modo, era el plan más perfecto que existía para evitar sospechas. Una vez muerto, nadie pensaría en usted, sino en los enemigos de usted: para ello se encargó de avivar viejos odios entre los miembros de nuestro equipo. Lorene, Eddie Allen y el propio Max Kelly parecían candidatos ideales para cargar con la responsabilidad del asesinato.

—Tuve que matar a Merrick para que la policía no descubriera la relación que nos unía.

—... Y también para apoderarse de todo el botín, ¿no es cierto?

—Bueno, era la oportunidad de mi vida: eso vale lo menos medio millón y, además, Merrick era un asesino que merecía la horca.

—No le servirá de nada eso ante el juez —dictaminó Findon.

Se abrió la puerta y apareció Max Kelly, crispado el rostro por la cólera.

—Espero que esto no estropee nuestro plan de trabajo. Siempre fue usted un canalla, Taylor —escupió al rostro del detenido. Luego, más calmado, se volvió hacia Joe—: Lo que no entiendo es cómo aquel esqueleto tenía la dentadura de Taylor.

Wilman sonrió.

—¿No sabías que usa dentadura postiza? Solo tuvo que quitársela y ponérsela a la calavera: eso redondeaba el efecto dramático.

Findon se miró el reloj y luego echó una ojeada por la ventana. El nuevo día las bendecía con un sol radiante, pero el sueño se

reflejaba en todos los rostros.

—Espero que no tarde demasiado el señor Mathews en volver con la policía de Aboyne. Estoy deseando que encierren a este individuo.

Doris rodeó con sus brazos el cuello de Wilman.

—¡Y pensar que por un momento creí que el asesino era Steve!

Joe le sonrió y luego la besó. Así unidos, entró Marion, que se detuvo al contemplar la escena.

—La única que ganó la partida fue Doris: enhorabuena, enamorados.

FIN

APARECERA LA PROXIMA
SEMANA EN ESTA COLECCION

Clark Carrados
**La viuda
viste
de rojo**



Precio:
7 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



MINI

libros

Las más grandes
aventuras,
el más pequeño
formato

MINILIBROS
serie Oeste

4
ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.



Para
encontrar
la
respuesta...

NO

es
necesario
consultar
cien
libros

ZAS

tiene
cien
respuestas



**pequeños libros
de gran contenido**

24 títulos publicados
300 en preparación

Precio
20 ptas.



CRIMEN. S. A.

Los crímenes impunes en diez años

LA MAFIA

Una hermandad del mal, extendida a todo el mundo

ANTOLOGIA DEL CRIMEN

Los más famosos crímenes de nuestro época

T-MEN

Historias de los agentes del Departamento del Tesoro

EL MUNDO DEL DELITO

Una enciclopedia de "cases" célebres

EL LIBRO NEGRO DEL CRIMEN

Historia de la criminalidad en el mundo

HOLLYWOOD ES MI REINO

Memorias del jefe de Policía de Hollywood

LOS AÑOS SIN LEY

La historia de los "gangsters" de Chicago

**CIRCULO
ROJO**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BOLSILIBROS BRUGUERA

ULTIMOS VOLUMENES PUBLICADOS

PRECIO: 7 PTAS.

COLECCION "PIMPINELA"
314 — M.^a Esperanza Neyra
QUERIENDOTE A TI

COLEC. "MADREPERLA"
710 — Corín Tellado
AQUELLA EXTRAÑA BODA

COLECCION "ROSAURA"
654 — María Teresa Sesé
CAMPING

COLECCION "AMAPOLA"
541 — María Lar
YO HE SIDO SEÑORA

COLECCION "ALONDRA"
475 — María Adela Durango
AURORA EN LOS
CORAZONES

COLECCION "CAMELIA"
416 — Marisa Villardefrancos
UN RAPTO EN LA SELVA

COLECCION "CORAL"
38 — Corín Tellado
OTRA MUJER EN SU VIDA

COLECCION "CORAL"
89 — Corín Tellado
NO DEBO CASARME
CONTIGO

COLECCION "BISONTE"
756 — A. Rolcast
LA PRUEBA DEL FUEGO

Col. "SERVICIO SECRETO"
619 — Loy Carrigan
LA MUERTE AGUARDA
EN HONG-KONG

COLECCION "BUFALO"
452 — John Lack
LA LLEGADA DEL
FORASTERO

COLECCION "TEXAS"
320 — M. Lafuente Estefanía
BOTONADURA DE PLOMO

COLECCION "COLORADO"
244 — Keith Luger
FUEGO EN LAS VENAS

COLECCION "KANSAS"
210 — Silver Kane
TRES DIABLOS Y MEDIO

COLECCION "CALIFORNIA"
299 — Alf. Regaladie
CON LA MISMA BALA

Col. "HEROES DEL OESTE"
192 — M. Lafuente Estefanía
ESPIRITU DE FRONTERA

COL. "ASES DEL OESTE"
162 — Fidel Prado
TAHUR Y CABALLERO

COLEC. "BRAVO OESTE"
74 — Meadow Castle
UN REVOLVER EN SU
CAMINO

COLEC. "PUNTO ROJO"
8 — Mikky Roberts
AL MARGEN DEL HORROR

Las obras más selectas, los autores más populares,
la presentación más sugestiva, los hallará siempre
en las Colecciones de **EDITORIAL BRUGUERA, S. A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona
Hipólito Irigoyen, 646 - Buenos Aires

**FIRMAS QUE REPRESENTAN A
EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
EN LOS PAISES QUE SE CITAN**

REPÚBLICA ARGENTINA: Editorial Bruguera, S. R. L.
Hipólito Yrigoyen, 646/68 - BUENOS AIRES.

BOLIVIA: Alfonso Tejerina Cortez, Comercio, 1073 - LA PAZ.

COLOMBIA: Editorial Bruguera Colombiana, Ltda. Carre-
ra 6.ª núm. 13-78 - BOGOTÁ.

COSTA RICA: Carlos Valerín Sáenz y Co. Ltda. - Aparta-
do 1.924 - SAN JOSE.

CUBA: Distribuidora Antillana de Librería - Someruelos, 57
LA HABANA.

CHILE: Distribuidora Rutas, Ltda. - Galería Imperio, 255-B
SANTIAGO.

DOMINICANA: Librería Amengual - El Conde, 40 - SANTO
DOMINGO.

ECUADOR: Librería Selecciones, S. A. Benalcázar, 543 y
Sucre - QUITO. Librería Selecciones, S. A. - Aguirre, 717
y Boyacá - GUAYAQUIL.

GUATEMALA: Gilberto Morales - 12 Calle número 5-43
GUATEMALA.

MEXICO: Editorial Ixtaccihuatl, S. A. - Avda. Uruguay, 17
MEXICO.

PANAMA: Servicio Continental de Publicaciones, 29 Este,
número 5-51 - PANAMA.

PARAGUAY: Adolfo N. Buzó - Estrella, 138 - LA ASUN-
CIÓN.

PERU: Víctor Rosas Ramírez - Mercaderes, 458 - LIMA.

PUERTO RICO: Matías Photo Shop - 200 Fortaleza St. - SAN
JUAN. (Para bolsillibros).

SALVADOR: Abelardo García Gandía - 15.ª Calle Orien-
te 243 - SAN SALVADOR.

URUGUAY: Domínguez y Espert e hijos - Paraguay, 1.435
MONTEVIDEO.

VENEZUELA: Distribuidora Continental, S. A. - Ferren-
quín a la Cruz, 178 - CARACAS.



N° 1464

Sara Montiel

La trasferta di "El último de los mohicanos" a Cannes, il 10 di marzo di 1957, con il marito di Marco Antonio Aguero, Fernando, grande amico del regista americano Anthony Mann, la interpretazione ultimata in cinema largo.



EDITORIAL BIELLOTTA S. A.

PIÙ DI 2000 T. 100